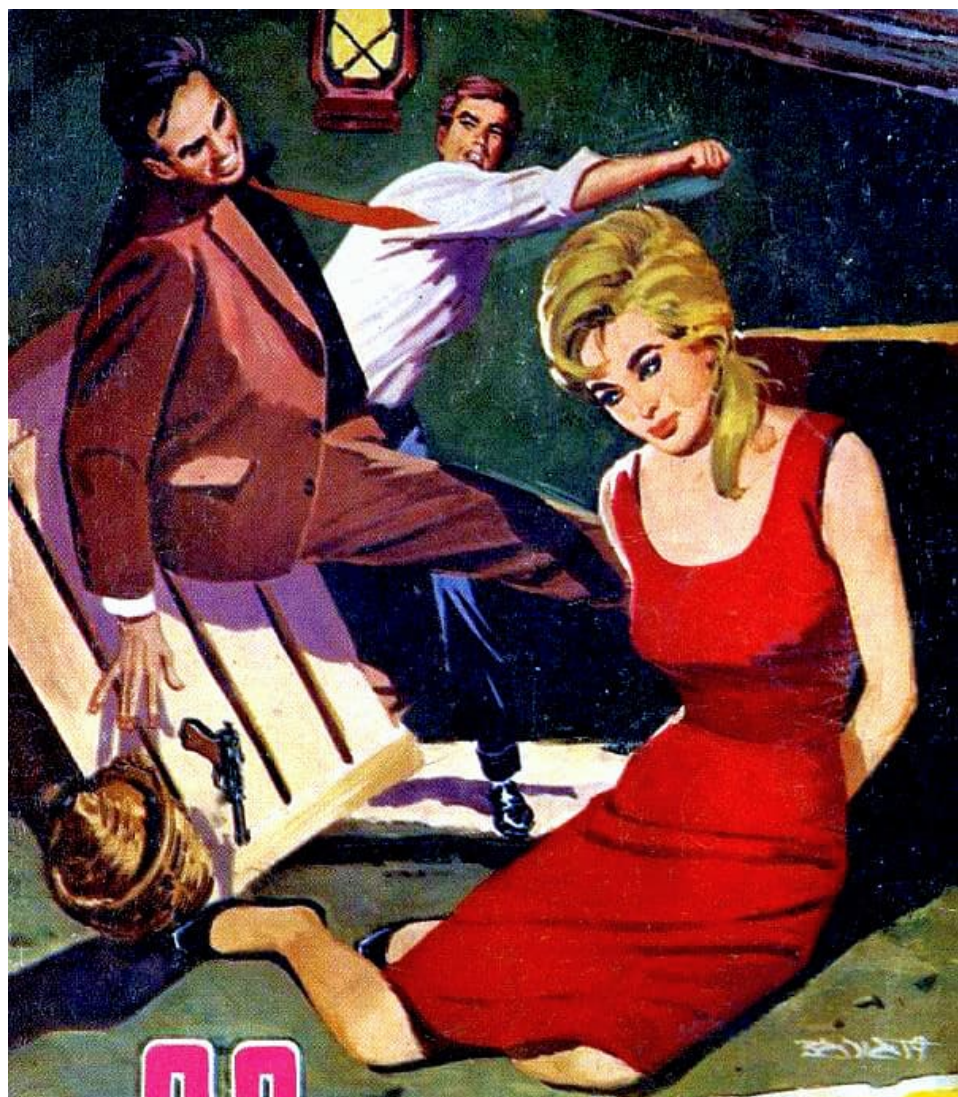




SS

**SERVICIO
SECRETO**

KEITH LUGER

TORBELLINO DE EMOCIONES

Yul Niven se frotaba vigorosamente con la toalla después de haber salido del baño cuando sonó el teléfono. Fue al «*living*» y alcanzó el auricular.

—¿Señor Niven? —inquirió a la otra parte una voz femenina.

—Sí, yo soy. ¿Quién llama?

También publicada por editorial Bruguera, en la colección Punto Rojo con el número 680, en el año 1975. Y en Selecciones Servicio Secreto con el número 135.



Keith Luger

Torbellino de emociones

Bolsilibros - Servicio Secreto - 486

ePub r1.0

Lds 03.05.18

Título original: *Torbellino de emociones*

Keith Luger, 1959

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





Keith Luger

Torbellino de emociones

EDITORIAL

Proyecto, 2-T. 284453



BRUGUERA

BARCELONA (6)

CAPÍTULO PRIMERO

Yul Niven se frotaba vigorosamente con la toalla después de haber salido del baño cuando sonó el teléfono. Fue al «*living*» y alcanzó el auricular.

—¿Señor Niven? —inquirió a la otra parte una voz femenina.

—Sí, yo soy. ¿Quién llama?

—Usted no me conoce, señor Niven; deseo contratarle para que haga un trabajo por mí.

—¿Qué clase de trabajo?

—Sería más conveniente que yo se lo dijese a usted personalmente.

—Caramba, es usted muy misteriosa. No me dice su nombre, ni la clase de misión que debo realizar. —Yul sonrió—. Soy detective privado, amiga mía, pero no me gustan los jeroglíficos especialmente cuando se pueden resolver sin mucho esfuerzo por mi parte. Dígame su nombre, lo que quiere de mí y yo estaré en condiciones de aceptar o no.

La mujer rió a través del hilo.

—Es usted muy ingenioso, señor Niven, pero todo eso lo vamos a dejar para después.

—Oh, no, amiguita, cuando acepto un encargo soy yo el que impone las condiciones.

—Supongo que habrá casos excepcionales.

—Ninguno.

—Supongamos que fuese a ganar un par de miles y que ese trabajo sólo le llevase a usted, pongamos media hora. ¿Sería para usted un caso excepcional?

Y Niven se pasó la lengua por los labios.

—¿A dónde hay que ir? —preguntó.

La mujer rió de nuevo.

—Calle de la Alameda, doscientos treinta y dos. Está hacia el oeste, cerca del puente Wilmington.

—He ido a veces por ahí. ¿A qué hora?

—¿Qué le parece si se deja caer hacia la una de la madrugada?

—No acostumbro a trasnochar.

—¿Ni por dos mil dólares?

Yul Niven hizo una pausa sonriendo.

—Usted se reservó todos los triunfos, amiguita. Estaré a la una.

—Gracias, señor Niven —dijo su interlocutora y seguidamente colgó.

Yul permaneció un rato pensativo sopesando el auricular, y finalmente dejó éste sobre la horquilla y regresó al cuarto de baño.

Cuando se hubo vestido comprobó la hora. Eran las ocho. Se preparó un *whisky* en el mueble bar y cuando estaba bebiendo el primer trago sonó el zumbador de la puerta.

—Adelante —dijo con voz fuerte—, la puerta está abierta.

Penetró en el «*living*» un hombre que mediría casi uno ochenta de estatura, de fuerte constitución y rostro de facciones simpáticas.

—Hola, Yul.

—¿Cómo te va, muchacho?

—Vengo de hacer una visita al teniente Crosby.

—Caramba, no sabía que fueses tan amigo del teniente, Jack.

—Déjate de ironías, sabes que él y yo no congeniamos. Me dio un recado para ti.

—Muy bien. ¿Qué es?

—Dice que la próxima vez que trates de burlarle te obligará a dedicarte a otra profesión.

Yul Niven sonrió divertido. Tendría unos veintiocho años y era moreno, muy alto, de anchos hombros y largas piernas. Su rostro poseía una frente despejada, unos ojos azules muy brillantes, una nariz algo aguileña y un mentón hendido. No era un rostro bello, pero sí varonil.

—Mi buen y admirado Crosby —dijo escanciándose otra ración de *whisky*—. Le saco las castañas del fuego jugándome el tipo y él me quiere retirar de la circulación.

—Si yo estuviese en su lugar haría otro tanto —repuso Jack—. Se necesita estar loco para hacer lo que tú haces, Yul.

—¿Sí? ¿Qué es lo que hago?

—No te hagas el ingenuo. Infiernos, eres como un jugador que al tomar posesión de la pelota no la suelta a sus compañeros porque quiere ser él quien marque el gol.

—Supongo que me servirá de justificación el que efectivamente lo marque.

—Sí, pero ¿a costa de qué? Cualquiera día recibiré una llamada de la policía pidiéndome que les ayude a identificar tu cadáver. ¿Por qué diablos tienes que ser así? No tienes necesidad de estar siempre a punto de encontrarte con una bala.

—Está bien, abuelito. Lo tendré en cuenta.

—Diablos —dijo Jack con tono quejumbroso—. Llevamos un par de años con la agencia y en todo ese tiempo has estado media docena de veces a punto de irte al otro mundo. ¿Por qué no sientas la cabeza, Yul? Siempre he pensado que un detective privado puede elegir sus asuntos. No más líos que huelen a podrido. Te lo dije cuando comenzamos. Hay más de veinte colegas en la ciudad que se han hecho ricos con los asuntos de divorcio. Ése es el trabajo bueno y en que uno no tiene que arriesgarse nada. ¿Por qué *no* hemos de ser iguales que ellos?

—Está bien, Jack.

Jack empezó a sonreír.

—A partir de ahora las cosas van a ser distintas, ¿eh, Yul?

Niven iba a asentir pero de pronto recordó la llamada de la mujer que lo había citado en el doscientos treinta y dos de la calle de la Alameda, cerca del Puente de Wilmington.

—Sí, Jack —dijo con voz lúgubre.

—Bueno, vamos a celebrar que gracias a ti la policía haya podido echar mano a esa pandilla de «gangsters».

Fueron a celebrarlo. Visitaron media docena de clubs nocturnos y bebieron copiosamente. Ambos resistían bien el alcohol.

En el primer lugar de recreo encontraron un par de chicas que estuvieron dispuestas a alegrarles la velada.

Cuando eran las doce y quince minutos, Yul manifestó que le dolía mucho la cabeza y que no tenía más remedio que retirarse. Jack puso una cara de circunstancias porque él tenía cuerda para rato.

—¿Te importa que yo me quede, Yul? —dijo a su socio.

Era justamente lo que Niven deseaba. Dejó a su amigo con las dos chicas y poco después se dirigió en su coche hacia el Puente Wilmington.

La calle de la Alameda era una zona donde se levantaban casas independientes. Cada una de ellas contaba con un amplio jardín defendido por un alto muro o a veces por simples verjas de madera. El doscientos treinta y dos pertenecía a esta clase. Yul vio luz a través de una ventana. Estacionó el coche junto al bordillo de la acera y saltó fuera. La cancela del jardín estaba abierta. Abrió y se detuvo unos instantes, para observar que a la derecha había otro camino que conducía directamente a una cochera.

Subió a un porche y pulsó el timbre. Casi enseguida, la puerta se abrió y Yul vio enmarcada, entre el raudal de luz que procedía del interior, a una mujer esbelta, de curvas pronunciadas. Su rostro era de óvalo perfecto, frente abombada, ojos almendrados de un color verdoso, pómulos ligeramente hundidos y labios gruesos. Su cabellera era rojiza y Yul se dijo que era el color apropiado para ella. Se cubría con un vestido estampado que la ceñía como una vaina. Sus brazos estaban desnudos, unos brazos que parecían del color del caramelo.

—Hola —dijo él.

—¿Señor Niven?

—Sí.

—Pase, le estaba esperando.

Ella le estaba tendiendo la mano y él la apretó. Tal como suponía, su piel era suave y tersa y despedía un calor tibio.

Pasaron al interior de la casa y ella lo acompañó hasta el «*living*». En el camino Yul observó el suave contoneo de sus caderas. Ella giró de pronto y sorprendió lo que él estaba mirando, a pesar de que los ojos de Yul se movieron muy aprisa. En las mejillas femeninas aparecieron dos rosetas.

—¿*Whisky*, señor Niven?

—De primera.

Ella se dirigió a un mueble bar muy coquetón que había junto a la pared y preparó un *whisky*.

Yul esperó de pie a que le trajese el vaso. Aceptó la invitación para que se sentase y lo hizo en un sillón cruzando las piernas. La pelirroja ocupó el sillón de enfrente y él esperó a que ella también

cruzase los remos, pero no ocurrió nada de eso y lo que hizo la joven fue tener mucho cuidado en estirar la falda para no enseñar más de lo conveniente.

Niven bebió un trago sin dejar de observarla. Calculó que debía tener unos veintitrés o veinticuatro años. Observó sus verdosos ojos y juró para sus adentros que sólo podían pertenecer a una persona inteligente.

—Mi nombre es Karin Jugert, señor Niven.

—¿Qué es lo que debo hacer por usted, señorita Jugert?

—Creo que le va a resultar muy sencillo.

—Muy bien; ¿de qué se trata?

—¿Ha ido alguna vez por Sanford? Está a unas seis millas de la ciudad.

—Sí, he pasado por allí en alguna ocasión.

—La Central de autobuses se encuentra al sur de la calle Mayor. Allí hay una caja de depósitos. Sólo quiero que retire usted un paquete que hay en una de las cajas.

—¿Sólo eso?

—Sí. Naturalmente cuando usted tenga el paquete, lo traerá aquí.

—Comprendo. Yo se lo entregaré a usted y me dará tíos mil dólares.

—Exactamente.

Niven bebió otro trago.

—¿Por quién me toma, señorita Jugert? —Vio que ella enarcaba las cejas—. Eso lo podría hacer usted misma y se ahorraría el dinero.

—Pensé que esa respetable suma de dinero ahorraría las demás preguntas.

—Se equivocó de hombre. Además, ¿por qué se dirigió a mí?

—Consulté la guía telefónica y usted resultó elegido, como pudo ser cualquier otro.

—Parece olvidar que no me llamó a mi despacho, sino a mi domicilio particular.

—Llamé a su despacho unas cuantas veces, pero nadie cogió el teléfono. Entonces llamé a su casa.

Sí; era inteligente la pelirroja, pero quizá no lo fuese tanto como ella creía.

—¿Qué clase de paquete es?

—Una caja de madera.

—¿Qué contiene?

Karin levantó la nariz.

—No es cuestión suya, señor Niven —hizo una pausa para mojarse el labio inferior con la lengua—. Siempre he pensado que dos mil dólares es una buena prima. Eso me ahorra toda clase de explicaciones. Yo le doy el encargo, usted acepta, trae aquí la caja, cobra el dinero y asunto concluido.

—¿Y si no acepto?

—Buscaré a otro.

Niven permaneció en silencio unos instantes. El asunto había atraído su curiosidad. La pelirroja era una buena pieza, de lo mejor que había visto en los últimos días, y el asunto estaba impregnado de tanto misterio como para que él no pudiese permitir que se le escapase de las manos. Después de todo, era el primero en reconocer que ella tendría los hombres a montones para realizar aquel trabajo a cambio de los dos mil machacantes.

—Muy bien, señorita Jugert. Acepto.

—Gracias.

—Me ha de entregar mil dólares ahora.

—¿Cómo?

—Siempre lo hago así cuando se trata de una prima fija. La mitad por adelantado.

—¿No se fía de mí?

—No.

Los ojos de la joven se abrieron un poquito más.

—Es usted muy sincero, señor Niven.

—Usted también. —Niven sonrió—. No hago más que corresponder.

—Muy bien —dijo ella, y se levantó, desapareciendo por una puerta que había a la izquierda.

A poco regresó con un fajo de billetes en la mano, que alargó a Niven, el cual los tomó.

—Cuéntelos, señor Niven.

Yul se decidió a contarlos, no porque no tuviese confianza en que allí hubiese mil dólares, sino por prolongar su proximidad a la bella.

Mientras pasaba los billetes preguntó sin mirarla:

—¿No hay nadie en la casa más que usted?

—Le he dicho que ese dinero me ahorra toda respuesta a cualquier pregunta que usted me pueda hacer.

Yul terminó de contar. Dejó el vaso sobre una mesa ratona que había cerca y púsose en pie.

—¿Cuándo he de ir a Sanford?

—Mañana por la mañana. No me importa la hora. Sólo quiero que esté usted aquí a las dos con la caja.

—De acuerdo, señorita Jugert.

Ella entonces abrió la mano izquierda que desde que regresó con el dinero había tenido cerrada y mostró en la palma una llave mientras decía:

—Es la que abre la caja de seguridad.

La llave tenía atada al agujero una pequeña placa metálica con un número, el ciento cincuenta y tres.

Yul la guardó en el bolsillo de la chaqueta.

Ella le acompañó hasta la puerta, pero esta vez no le tendió la mano.

Yul se volvió para mirarla unos instantes, sacudió la cabeza y finalmente echó a andar por el camino de grava. Cuando cerró la cancela del jardín, ella ya no estaba en el porche.

CAPÍTULO II

Yul regresó a su apartamento y se puso a pasear fumando un cigarrillo tras otro. Finalmente, cuando eran las tres de la madrugada se acostó. Estaba muy cansado y logró conciliar el sueño pronto.

Despertóse poco después de las nueve y, después de tomar una ducha, preparó su desayuno.

Estaba despachando una taza de café cuando apareció su socio, Jack Coward, emitiendo gruñidos.

—¿Qué te pasa, Jack? —preguntó.

Jack se cogió la cabeza dejándose caer en un sillón.

—Infiernos, nunca he tenido una resaca como ésta.

—Has podido quedarte en la cama. Yo me hubiese ocupado de la oficina.

—Quería darte buenas noticias.

—¿De qué se trata?

—Anoche conseguí un buen asunto. Una de las chicas me presentó a un tipo que se quiere divorciar de su mujer. Tiene pasta para llenar esta habitación. Me prometió una prima de mil dólares si le conseguimos pruebas contra su media naranja.

—Apesta.

—¿Cómo dices?

—No voy a dedicar mi tiempo a eso.

—No tenemos que fraguar ninguna prueba. Ella le es completamente infiel.

—Da lo mismo. Además, tengo un trabajo en que ocuparme ahora.

—¿Qué clase de faena es la tuya?

—Nada importante, pero retendrá mi atención durante unos

días. Dile a ese amigo tuyo que se busque otro detective.

Jack apretó los dientes.

—Apuesto a que has metido otra vez la cabeza en el avispero. Infiernos, todavía debes tener el cuerpo magullado de los golpes que recibiste de esa gentuza en tu último asunto.

Yul fue a su dormitorio y comenzó a vestirse. Jack fue detrás de él rezongando:

—Cuando quieras sentar la cabeza será demasiado tarde. ¿Y sabes por qué? Porque alguno te la habrá volado.

Yul, una vez vestido, abrió un cajón de la mesilla de noche y extrajo una pistola. Comprobó su funcionamiento y la guardó en el bolsillo interior de la chaqueta. Jack lo estaba mirando con los ojos muy asombrados.

—¿Por qué te llevas eso?

—Tengo muchos enemigos en la ciudad.

—¡Y un cuerno!

—¿No estuviste ayer con el teniente? Seguro que te soltó una relación de los tipos que tienen cien motivos para hacerme un agujero en la tripa. —Niven pasó junto a su amigo y le palmeó en el brazo—. Anda, vete al despacho y ocúpate de la correspondencia. Creo que estará muy atrasada.

—¿De qué se trata, Yul?

—De un simple paseo.

—Muy bien. Yo también necesito tomar el sol. Iré contigo.

—Escucha, Jack. Quedé con una dama. No querrás que te lleve de carabina. Ella ya tiene bastante conmigo. Te veré esta tarde en la oficina.

Jack empezó a maldecir por lo bajo.

Salieron juntos de la casa y cada uno ocupó su coche.

Yul hizo arrancar el suyo y después de saludar a su amigo se dedicó a pasear por las calles.

Cuando tuvo la seguridad de que Jack no le seguía emprendió el camino hacia Sanford.

La Central de autobuses estaba al Sur, tal como le había indicado Karin Jugert.

Dio la vuelta a la manzana y estacionó el coche regresando a la calle Mayor.

Se detuvo en la esquina y encendió un cigarrillo mientras

miraba hacia la entrada de la Central. Vio mucha gente, pero era difícil saber si alguno de aquellos hombres tenía algo que ver con la pelirroja. Bien, lo mejor era darse mucha prisa.

Penetró en la estación. El aire olía a gasolina.

El altavoz anunció la salida inmediata de un coche para Baltimore.

Las cajas de depósito estaban a la derecha. Habían sido dispuestas en forma de un gran laberinto. La altura de las grandes cajas metálicas llegaba a dos metros.

Yul buscó la ciento cincuenta y tres. Estaba justamente en el corredor donde había un hombre maniobrando en una caja. Por ello no quiso detenerse y pasó de largo doblando por la próxima esquina. Allí se detuvo y escuchó. Poco después oyó ruido de pasos. Entonces asomó la cabeza y vio despejado el corredor de la ciento cincuenta y tres. Retrocedió, sacando rápidamente la llave del bolsillo. La incrustó en el ojo de la cerradura y la hizo girar abriendo la pequeña puerta. Al fondo había una caja de madera. Al tirar de ella se dio cuenta de que no pesaba mucho. Se la puso bajo el brazo, cerró la puerta con llave y guardó ésta en el bolsillo.

Al volverse sintió un estremecimiento porque allá en la más próxima esquina del corredor había un hombre. El desconocido le daba la espalda y parecía estar observando los números de las cajas.

Yul observó que el tipo calzaba zapatos con suela de crepé. Por eso no le había oído llegar.

Prestó atención a sus manos. Una de ellas, la zurda, desaparecía en el bolsillo de la chaqueta.

Niven echó a andar apretando la caja de madera contra su costado. Avanzó con naturalidad y de pronto, cuando pasaba junto al individuo, éste empezó a volverse al tiempo que sacaba la mano del bolsillo.

Yul no le dejó cobrar ventaja. Vio brillar un objeto negro en la mano del tipo y supo que si se entretenía un segundo, él quedaría allí muerto. No le pilló de sorpresa. Estaba seguro de lo que iba a ocurrir. Antes de que el sujeto pudiese apuntarle con el arma, él le descargó un terrible golpe en el brazo con el filo de la mano.

El fulano soltó un grito y se inclinó hacia un lado. En un acto reflejo, abrió los dedos y la pistola cayó al suelo. Niven, sin dudarle un instante, le pegó un rodillazo en el estómago. El tipo lanzó otro

rugido y se vino hacia adelante y, en esa posición, Yul le machacó la mandíbula.

El fulano era muy alto, de cabello rubio, cejas muy cortas y boca pequeña. Después de recibir el trallazo de Yul se deslizó por el suelo encerado, como sobre una pista de hielo, y fue a golpear la espalda y la cabeza contra las cajas de enfrente.

Yul no quiso comprobar si había perdido el conocimiento. Moviéndose muy aprisa las piernas y dejó atrás las cajas metálicas.

Un autobús salía de la estación atestado de viajeros. Yul fue detrás y, ya en la acera, torció a la derecha, encaminándose hacia el lugar donde había dejado estacionado el coche.

De pronto un hombre que sostenía un periódico con una mano se le vino por la derecha y tropezó con él.

Yul apostó a que detrás del diario había una pistola y que el otro vendría dispuesto a enseñársela, pero él no estaba para aquellos cuentos.

—La culpa ha sido mía —dijo, e, inmediatamente, tras la excusa asestó un rodillazo al fulano en el bajo vientre.

Lo hizo con tanto disimulo que ninguno de los peatones que circulaban por su lado se dio cuenta.

La cara del sujeto empezó a ponerse cárdena.

Yul alargó rápidamente la mano y tomó al tipo por la muñeca apretándola con todas sus fuerzas hacia abajo. Estaban uno encima del otro y podían pasar por dos amigos largo tiempo separados y que ahora se encontrasen en la calle. A pesar de la dificultad que suponía para Yul el ir cargado con la caja de madera, atraído contra sí a su enemigo, el cual era de una talla regular, aunque fuese ancho de hombros y de pecho atlético.

—Quieto, chico —le dijo casi al oído—. Conozco una forma de partirte la muñeca en dos pedazos.

El fulano quedó inmóvil mientras hacía una mueca de dolor. Yul aprovechó la oportunidad para mirar por encima del hombro del matón. No le gustó ni pizca lo que vio. Allá al fondo, justamente cerca de la esquina por donde él tenía que pasar para llegar a su coche, había otra pareja de gorilas y ambos tenían la mano en el bolsillo y estaban mirándole a él.

Se maldijo por no haber tenido oportunidad de dejar el coche por aquel lugar, a la vista del público.

—Dame la pistola, verdugo —ordenó al hombre que tenía prisionero.

El otro vaciló unos instantes, pero Yul hizo una suave presión y entonces el «gángster» renunció a oponerse a sus deseos.

Yul sólo tuvo que pasar la mano por debajo del periódico para arrancarle la pistola.

Los dos tipos de la esquina se habían puesto ya en movimiento.

Yul dio un empujón al individuo que acababa de desarmar y, dando media vuelta rápidamente, se sumergió entre los peatones alejándose por la acera en dirección contraria a la que tenía su coche.

Como cosa de veinte yardas más allá volvió la cabeza y observó que solamente le seguían los dos tipos de la esquina, y supuso que el otro, al que había despojado de la pistola, se quedaría de guardián junto a su automóvil. Miró la caja de madera y sintió deseos de arrojarla al suelo para destrozarla y saber qué contenía, pero no era cuestión de entretenerse sabiéndose seguido por aquel par de truhanes. Continuó caminando por la acera. De vez en cuando volvía la cabeza para comprobar que sus perseguidores iban a la zaga. Por allí había mucha gente y no era probable que se decidiesen a sacar las pistolas. Pero eso era una débil esperanza. Tenía que desembarazarse de los tipos.

Vio un automático a la izquierda. Era un local de mucha profundidad. Se coló dentro y sin detenerse avanzó hacia el lavabo. Empujó la puerta y colóse dentro pegándose a la pared. Un tipo se estaba secando las manos con una toalla. Era de pelo rizado, nariz chata y boca muy grande.

Terminó de secarse y dijo sonriente mirando a Yul:

—Le sorprendió la esposa con la rubia, ¿eh?

Niven estaba pendiente de la puerta y se limitó a asentir con la cabeza.

—A mí también me pasó una vez —siguió diciendo el desconocido—. No quiera saber usted la que se armó. La mía era rubia. ¿Qué cree que se le ocurrió a mi mujer?

Yul no dijo nada. Estaba prestando atención a los pasos que se acercaban a la puerta.

El otro prosiguió su historia:

—Mi media naranja le echó el café hirviendo a la cara. Infiernos,

la broma me costó quinientos dólares y me tuve que dar por conforme porque mi abogado anduvo listo. Figúrese, la rubia aseguró al juez que mi mujer la había dejado señalada para toda la vida.

De pronto la puerta se abrió, y Yul vio entrar a uno de los fulanos que lo seguían. Éste se coló demasiado aprisa y Niven sólo tuvo que trabarle las piernas con la suya para que se viniese abajo; pero cuando el asesino golpeaba el suelo, se volvió y empezó a sacar la mano del bolsillo.

Yul estaba harto de pistolas y le sacudió un patadón en el racimo de dedos. El arma golpeó contra el techo y luego cayó en el piso.

El fulano que había tenido que pagar quinientos dólares a una rubia estaba perplejo.

Yul creyó que había ganado la partida, pero su rival de tumo era rápido como una anguila y se le echó encima dando un estupendo salto.

El único testigo de la pelea echó a correr hacia la puerta para escapar, pero no pudo lograrlo porque, en el momento en que se disponía a abrir, Yul se desembarazó del matón propinándole un terrible puñetazo en el hígado y el fulano golpeó contra la puerta cerrándola.

Yul no podía permitirse el lujo de entretenerse. Acercóse a su enemigo y cuando éste echaba el brazo atrás para lanzarle el puño contra la cara, él lo cazó con un golpe terrible en la sien.

El tipo emitió un ronquido y se desplomó en el suelo quedando inmóvil, con los ojos cerrados.

Yul, rápidamente, se dirigió al marido infiel:

—¿Tiene otra salida el local?

—Sí.

—¿Dónde está?

—En uno de esos lavabos —estaba señalando el cuartucho que había a la izquierda—. La ventana está un poco alta, pero si usted es ágil puede escapar por ella.

—Gracias, amigo.

Yul corrió hacia el lugar que su informante le había señalado.

Efectivamente, había una ventana arriba, junto al depósito del agua. Para poder encaramarse tuvo que dejar la caja sobre el

alféizar. Se desolló los brazos y las manos, pero al fin pudo dejarse caer por el otro lado, un callejón.

Era demasiada altura y perdió el equilibrio dando en tierra con sus posaderas y la caja.

Se levantó rápidamente e iba a echar a correr cuando de pronto oyó una voz a su espalda.

—¿Taxi, señor?

Volvió la cabeza y vio un coche que estaba detenido en aquel lugar, un poco más arriba. Santo cielo, era justamente lo que él necesitaba.

Se acercó rápidamente y abrió la portezuela posterior, pero quedó en aquella actitud observando la figura que había dentro. Era una mujer vestida totalmente de negro y que cubría su rostro con un velo, pero lo más interesante de la dama enlutada era que esgrimía con la mano derecha una pistola con la que apuntaba a Yul al pecho.

CAPÍTULO III

—Entre y cierre —ordenó la mujer.

Yul volvió la cabeza hacia el conductor que lo había llamado y vio que le sonreía enseñando los dientes. Finalmente dio un suspiro y pasó dentro, cerrando la puerta.

El coche arrancó enseguida.

Yul dedicó toda su atención a la dama que se sentaba a su lado y que se había aplastado contra el rincón opuesto para mantenerle a raya con la pistola. Cubría la cabeza con un sombrero negro, pero por los lados pudo ver que su cabello era color ceniza.

El coche dobló por otra calle secundaria para evitar salir a la Mayor.

Niven dejó descansar la caja de madera sobre el asiento y empezó a volverse hacia la mujer.

—Estése quieto o apretaré el gatillo —le advirtió ella.

—¿Qué es lo que quiere?

—Eso que usted tiene. La caja.

—Es usted una mujer interesante, Karin.

—Mi nombre no es Karin.

—Es posible que no lo sea, pero es usted la pelirroja que me comisionó para sacarle las castañas del fuego.

—No sé de qué me habla.

—La cosa le ha resultado la mar de sencilla, ¿verdad, Karin? Usted se dirigió a mí porque sabía que me gustan las aventuras y me presentó el asunto de forma que atrajo mi curiosidad. Sólo pretendía que yo le sacase la caja de la estación de autobuses. Usted contaba con que había gente que trataría de cortarme el paso y, probablemente, también contó con que yo saldría airoso de la prueba. Pero, naturalmente, no podía permitirme que yo dispusiese

de tiempo para informarse de lo que contenía la caja. —Niven hizo una pausa—. ¿Cuántas horas llevaba esperando fuera cuando yo llegué, Karin?

La mujer no contestó y Yul dijo:

—Me siguió igual que esos gorilas, pero ha demostrado ser más lista que ellos esperándome en el único sitio por donde yo podía escapar.

—¿Ya terminó?

—Sí.

—Deme la caja.

Yul observó la pistola. Continuaba apuntándole al pecho y calculó que nada podía hacer. Ella apretaría el gatillo antes de que él pudiese rozarle con los dedos, y no estaba muy dispuesto a soportar el impacto de una de aquellas balas.

El tipo que iba al volante volvió ligeramente la cabeza.

—¿Tiene dificultades, señorita?

—No, estoy segura de que no —contestó ella—. El señor Niven es un hombre juicioso.

Yul sonrió otra vez.

—¿Sabe que me gustaba más de pelirroja?

De pronto ella cogió el velo y se lo quitó de un manotazo.

Yul tuvo delante el rostro de la mujer que conocía con el nombre de Karin y luego ella, utilizando la mano libre, se despojó del sombrero y de la peluca color ceniza.

—Está bien, señor Niven —dijo. Se mojó el labio inferior con la lengua—. Usted gana. Todo fue como usted ha pensado.

—¿Y ahora qué?

—Me va a dar la caja.

—Oiga, Karin, estoy la mar de intrigado, ¿sabe?

—Yul señaló la caja con el dedo. —¿Qué hay ahí dentro?

—No es asunto suyo.

—Eso sí que resulta gracioso. Han estado a punto de agujerearme la piel, pero no tengo derecho a saber por qué iba a morir.

—No le conviene, señor Niven.

—¿Por qué no deja que sea yo quien lo decida?

Karin sacudió la cabeza.

—Mi respuesta sigue siendo negativa.

—Le voy a hacer una sugerencia, Karin. Cuénteme de qué se trata y quizá me anime a seguir ofreciéndole mis servicios.

—No me interesa, se acabó todo.

—Sí; usted tiene ahora la caja pero ¿por cuánto tiempo, Karin? Me he enfrentado otras veces con tipos como los que estaban esperándome en la Central de autobuses y le aseguro que no son de los que abandonan un combate porque hayan perdido un asalto.

—No le he pagado mil dólares para que me aburra con el relato de su experiencia, señor Niven.

—Dos mil —le recordó él—. Aún me debe la mitad.

—Con lo que cobró, ya tiene bastante.

Yul miró por la ventanilla del coche. Hacía tiempo que habían abandonado Sanford y ahora corrían por una carretera bordeada de árboles. Mientras observaba el paisaje, corrió la mano hacia el bolsillo donde guardaba la pistola, pero en esto oyó la voz de Karin:

—Le dije que se estuviese quieto. Sé que esconde ahí un arma. Meta un dedo en el bolsillo y le juro que haré fuego.

Yul la miró otra vez.

—¿Serla capaz de matarme?

—No me dejaría usted opción.

—¿Tan importante es para usted lo que contiene esa caja?

—Lo es.

—De acuerdo, Karin, aquí la tiene.

Se volvió para cogerla. Luego giró otra vez y se echó sobre la joven sirviéndose de la caja como escudo.

Karin hizo un disparo, pero un segundo antes Yul logró tocar el arma y la bala se incrustó en el tedió del automóvil. Luego Niven atrapó por la muñeca a la mujer, pero ésta empezó a debatirse golpeándole con las rodillas en el estómago.

La caja rodó por el suelo.

De pronto el coche frenó bruscamente y los dos, Karin y Yul, se desplomaron del asiento, ella encima de él.

Niven vio aparecer una pistola y un poco más arriba la cara del conductor.

—Se acabó la fiesta, señor Niven.

Yul se estuvo quieto y la joven, respirando agitadamente, se enderezó ocupando otra vez el asiento.

—Arriba, señor Niven —ordenó el tipo.

Yul se incorporó sin apartar la mirada del fulano que lo amenazaba. Leyó en sus ojos la decisión de matar y se abstuvo de hacer nada. Volvió a ocupar su sitio y entonces el hombre de la pistola dijo:

—Quítele la pistola, señorita, y usted, Niven, no intente otra sorpresa. Le doy mi palabra de honor de que a esta distancia no fallo un solo disparo. Colóquese de espaldas a ella y ponga las manos en alto.

Yul obedeció sumisamente y en esa posición sintió que la mano de la joven se apoderaba de su pistola. Luego el conductor dijo:

—Salga fuera.

Yul miró la caja que había en el suelo. Hubiese dado años de vida por saber lo que había dentro.

—Salga fuera —repitió el conductor.

Niven hizo un gesto afirmativo con la cabeza. Abrió la portezuela y saltó a la carretera.

Mantuvo la portezuela abierta mirando a la pelirroja.

—¿Está segura de lo que hace, Karin?

Ella no dijo nada. Se encargó de responder su acompañante:

—Déjese de historias, Niven, y cierre de una vez.

Yul cerró de golpe.

Unos segundos más tarde el coche se puso en movimiento.

Fue adquiriendo velocidad y poco después se perdió en una curva que había a unas cien yardas.

Yul echó a andar en la misma dirección que había seguido el coche, soltando imprecaciones por lo bajo. No era cosa de regresar a Sanford a por su coche. Seguro que encontraría algún tipo esperando a que regresase.

Tuvo suerte. Al cabo de diez minutos pasó un autobús que iba a Nueva York. Subió en él y como cosa de media hora más tarde llegó a la ciudad. Luego tomó un taxi y dio la dirección de su oficina.

Cuando entró en ésta, Jack saltó de detrás de la mesa como impulsado por un muelle.

—Infiernos, Yul, estás vivo.

—¿Qué esperabas? —repuso Niven de mal humor—. ¿Enviarme una corona de crisantemos?

Caminó resuelto hasta un pequeño mueble que utilizaban como bar y se sirvió un *whisky*.

Jack le estuvo mirando un rato.

—¿Cómo te fue tu asunto?

—Me retiraron de él.

—Pero habrás cobrado.

—Mil dólares.

Jack se frotó las manos.

—Diablos, eso está bien para haberte ocupado solamente una mañana.

Yul dejó el vaso sobre la mesa, acercóse a la ventana y se puso a mirar al exterior.

—¿Tienes una pistola, Jack?

—¿Cómo?

—Una pistola, un arma, un «quitapenas».

—Claro que la tengo.

—Vas a necesitarla. Será mejor que la tengas a mano.

—Oye, ¿de qué estás hablando? ¿Es que te pegaron en la cabeza?

Yul se retiró de la ventana y ocupó una silla tras la mesa bajo la mirada expectante de Jack. A continuación Niven contó a su socio todo lo relacionado con el misterio de la caja de madera.

Cuando hubo terminado, Jack frunció el ceño.

—Bueno, tú ya terminaste con todo esto y espero que te haya servido de escarmiento.

—¿Es que no te das cuenta? —retrucó Yul—. Hay un montón de tipos que creen que yo tengo la caja. Ellos no saben lo que ocurrió cuando escapé por la ventana de emergencia del lavabo, y a estas horas esa gentuza tienen mi dirección, puesto que me dejé allí el coche.

—¿Quieres decir que van a venir aquí?

—Es justamente lo que trato de meterte en la cabeza desde hace un rato.

—Suponiendo que sea así, tú les cuentas la verdad y se acabó. Todo este negocio me huele a podrido.

En ese instante llamaron a la puerta y Jack dio un respingo, levantándose de la silla.

Yul dijo:

—Ahí tienes al primer visitante.

Jack sacó rápidamente una pistola de debajo de la axila y le

quitó el seguro. Luego avanzó hacia la puerta y, pegándose a la pared, alargó la mano libre. Hizo girar el pomo. La puerta fue empujada desde fuera por un tipo de unos cuarenta años que vestía un traje gris de corte impecable y que cubría las manos con guantes del mismo color. Su rostro estaba bien rasurado y sus ojos eran muy vivos, de color verdoso. Estaba sonriendo al entrar y siguió sonriendo al ver la pistola con que Jack lo recibía.

—Caramba, es una buena arma... —dijo—. Una «Smith y Wesson», calibre treinta y ocho —dio un suspiro—. Siempre que veo alguna de ellas recuerdo a cierto amigo mío que, justamente, acabó por culpa de una pistola de esa clase. El pobre no pudo escupir la bala que le entró por la boca.

Jack le miró perplejo y luego el tipo echó a andar hacia donde estaba Yul sentado, preguntando:

—¿Qué tal, señor Niven?

—Perfectamente. ¿Quiere sentarse?

—Con mucho gusto.

Jack estaba con la boca abierta, porque aquel diálogo no tenía ningún sentido para él.

El recién llegado ocupó un sillón de cuero y, echándose hacia delante, dijo:

—Soy Michel Dietrich, señor Niven. Sé que usted no habrá tenido oportunidad de conocerme, pero yo he tenido la suerte de saber algo acerca de usted.

—¿De veras?

—Oh, sí, leo los periódicos y usted últimamente ha ocupado un buen lugar en la primera página. —Dietrich hizo una pausa, sonriendo siempre—. Parece usted inteligente, señor Niven, dinámico y, ¿cómo diría yo...?

—Astuto.

—Sí, eso es, astuto.

—Gracias, señor Dietrich. Hechas las presentaciones, ¿qué le parece si empieza a hablar acerca del asunto que le ha traído a mi despacho?

—Oh, sí, desde luego.

Dietrich volvió la cabeza para mirar a Jack, el cual continuaba junto a la puerta esgrimiendo su «Smith y Wesson».

—¿Ha de estar él?

—Es mi socio, señor Dietrich.

El visitante volvió a mirar a Yul.

—¿Cuánto quiere, señor Niven?

—¿Cuánto ofrece usted?

Dietrich se echó francamente a reír y agitó un dedo en el aire.

—Usted es un pillín, señor Niven, pero me permito decirle que le corresponde poner un precio, puesto que usted tiene la mercancía.

—Guardó un silencio—. ¿Verdad que la tiene?

—Desde luego, pero no voy a ser yo quien haga la oferta, señor Dietrich. Usted se ha molestado viniendo aquí y, por lo tanto, es de su cuenta hacer la primera proposición.

—Está bien. —Dietrich dio un suspiro—. Yo soy un hombre justo, ecuánime, señor Niven, sé valorar a las personas y sus actos, y creo que cada cual debe optar a la recompensa que merece, siempre de acuerdo con sus condiciones.

—¿Por qué no se deja de rodeos, señor Dietrich? —le interrumpió Niven.

Dietrich sacudió la cabeza.

—De acuerdo. Iré al grano. He traído conmigo diez mil dólares, señor Niven. Son suyos a cambio de la caja.

Jack empezó a moverse y Yul le dirigió una rápida mirada para que permaneciese quieto. Finalmente repuso sonriendo también:

—¿Diez mil dólares, señor Dietrich? ¿Es que cree que soy tonto?

—Es una buena cantidad. No puede imaginarse la de cosas que se pueden hacer con diez mil dólares.

—Se pueden hacer muchas más con veinticinco mil.

—¿Veinticinco mil? —Por primera vez, Dietrich pareció perder su seguridad, pero sólo fue un instante, enseguida se recuperó—. Usted está bromeando, señor Niven.

—No bromeo en cuestiones económicas, Dietrich.

Dietrich pegó un salto en la silla.

—Yo le ruego que sea usted un poco más comedido en sus aspiraciones, señor Niven.

—Veinticinco mil.

—Bueno, yo sólo llevo encima quince mil. —Dietrich sonrió otra vez—. ¿Qué le parece si llegamos ahora mismo a un acuerdo? Naturalmente, por la cantidad que usted dice. Yo le entregaré quince mil como adelanto. Usted me da la caja y antes de una hora

regresaré aquí con el resto del dinero.

—No, Dietrich. Tendrá que traer usted los veinticinco mil y entonces le daré la caja.

El hombre del traje gris parpadeó, mientras se mojaba el labio inferior con la lengua.

—Me gustaría que no fuese usted tan exigente, señor Niven.

—Es mi última palabra, Dietrich.

Hubo un silencio en el despacho. Finalmente, Dietrich se puso en pie.

—Regresaré con las veinticinco mil en un término de una hora o dos. Recuérdelo, señor Niven, dos horas a lo sumo. ¿Me esperará aquí?

—Desde luego.

Dietrich hizo una inclinación.

—He tenido mucho gusto, señor Niven —dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta, pero cerca de ésta se detuvo observando la pistola de Jack—. Le agradecería mucho que en mi próxima visita permaneciese usted con el arma escondida. Soy alérgico a las pistolas, ¿sabe? Buenos días, caballeros.

CAPÍTULO IV

Cuando la puerta se hubo cerrado y los pasos de Dietrich se perdieron en el corredor, Jack soltó un gallo.

—¡Veinticinco mil dólares, Yul! ¡Es como un sueño! —Se echó a reír—. ¡Vamos a ser casi millonarios!

Yul hizo una mueca.

—Parece que olvidas algo importante.

—¿El qué?

—Que no tenemos la caja. Es justamente por lo que esos hombres dan los veinticinco mil dólares.

—¡Infiernos! —gimió Jack—. ¡Es cierto! ¡Hemos de encontrarla!

—Parece que te interesas por el asunto.

—¿Y quién no, Yul? Demonio, siempre me ha parecido increíble que te jugases el tipo por unos cuantos billetes o por nada, pero esto es una fortuna, Yul... ¿Dónde está esa maldita caja?

—Creo hacerte dicho que la tiene en su poder una pelirroja de ojos verdosos.

—Sí, pero ¿dónde está?

—No tengo la más ligera idea, pero voy a intentar dar con ella —descolgó el auricular marcando un número.

—Señorita, ¿es la Compañía Taxis Azules? ¿Quiere ponerme con Lazlo?... Sí, su amigo Yul Niven... ¿Lazlo?... Aquí, Yul. Quiero saber todo lo relacionado con el coche número quinientos treinta y cuatro de vuestra compañía... ¿Cómo? Demonios, ¿está bien él?... Bueno, gracias, Lazlo... No, nada de importancia, sólo era una comprobación. Si conseguimos averiguar alguna cosa que nos pueda servir me pondré en contacto contigo.

Yul colgó volviéndose hacia Jack.

—La pelirroja es algo serio, muchacho.

—¿Qué te han dicho?

—El conductor del quinientos treinta y cuatro es un tal Roy Jones. Esta mañana, a eso de las diez, en la calle Setenta, subió a su coche una señora enlutada que cubría la cara con un velo negro. Le dio una dirección del Bronx. Justamente cuando llegaron a su destino, una calleja infecta, su viajera se le echó encima por detrás y le aplicó un pañuelo en la cara. Naturalmente, el pañuelo estaba impregnado de cloroformo. Cuando despertó se encontró en un solar con las manos y tobillos atados y con la boca cubierta por un trozo de cinta adhesiva. Hace apenas quince minutos lo descubrieron unos chiquillos que estaban jugando por allí. La Compañía de Taxis Azules lo ha comunicado a la Policía y están buscando el coche. —Yul respiró profundamente—. Karin pensó en todo. Yo no habría subido voluntariamente a un coche particular pero sí a un taxi, tal como ocurrió. Si las cosas se hubiesen puesto feas para ella, hubiese utilizado el revólver para obligarme a subir. Igualmente, con el taxi se evitaba despertar las sospechas de los gorilas que estaban vigilando la central de autobuses.

—Oye, Jack, eso quiere decir que hay mucha gente detrás de esa caja.

—Sí, demasiada.

—¿Y qué crees tú que contiene la caja?

—No lo sé.

—Infiernos, ¿cómo no se te ocurrió abrirla?

—Qué gracioso, si hubiese invertido un minuto en ello, ahora no estaría contigo.

—Tienes razón. —Jack sacudió la cabeza—. Demonios, ese Dietrich vendrá dentro de una hora o dos con sus veinticinco mil dólares y entonces tendrás que decirle la verdad, que tú no tienes la caja.

De pronto el teléfono se puso a repiquetear. Yul alcanzó el auricular.

—Oficina de Niven y Coward. ¿Quién llama?

—¿Es usted, señor Niven? —inquirió al otro extremo una voz ronca.

—Sí, yo soy. ¿Cuál es su nombre y qué desea?

—Se la jugó bien a mis muchachos, señor Niven, pero le supongo con el suficiente sentido común como para que piense en

el asunto apenas se ha iniciado.

—Conque es usted el patrón de esos chicos tan divertidos que me encontré en la central de autobuses... ¿Sabe una cosa? Tardan demasiado en aparecer por aquí.

—No me crea tan estúpido, señor Niven. Usted se les escapó allá y apuesto a que ahora habrá tomado sus precauciones para no ser sorprendido... No crea que mi llamada ha sido espontánea, señor Niven. He cavilado mucho hasta llegar a la conclusión de que ya que ha metido la cabeza en esto, quizá lo mejor para mí sería hacer una transacción con usted.

—¿Una transacción?

—Ya sabe, dinero.

—Estupendo, amigo, pero primero me tendrá que decir su nombre.

—No sea usted ingenuo, señor Niven. ¿Para qué citar nombres? ¿No es suficiente una cantidad de quince mil dólares?

—¿Es lo que usted ofrece por la caja?

—Desde luego.

Yul soltó una risita.

—Está usted muy atrasado, amigo —repuso—. Ya hay quien dio más.

Hubo una larga pausa.

—¿De qué está hablando, señor Niven?

—Se lo he dicho. He llegado a un acuerdo con un tipo que me garantizó una cantidad muy superior a la suya.

—¿Quién es?

—¿Para qué citar nombres?

Yul escuchó a través del hilo una respiración entrecortada.

—Será mejor que deje de bromear, señor Niven.

—¿Quién está bromeando?

—¿Cuánto le ofrecieron?

—Veinticinco mil.

—Es una solemne mentira.

—He tenido mucho gusto en no conocerle, compañero. Hasta otro día.

—Espere, señor Niven.

—¿Desea algo?

A Niven le llegó un resoplido.

—Está bien, yo le daré veintisiete mil.

—Por un par de miles no vale la pena que yo deje de cumplir mi palabra.

—¡Treinta mil!

—Vamos, suba un poquito más.

—No puedo agregar un centavo a esa cantidad.

—Está bien, compadre.

—Antes de media hora estará ahí un hombre con el dinero, señor Niven. Dele la caja a cambio y asunto concluido.

—No tan deprisa. No estaré aquí dentro de treinta minutos.

—En ese caso le diré dónde se puede ver con mi mensajero.

—No, compañero. Soy yo el que elegirá el lugar y la hora.

—¿Cuándo?

—Llame usted dentro de un par de horas y lo sabrá.

—¿Un par de horas?... No puedo esperar tanto.

—Esperará, compañero, no le queda más remedio. Hasta luego.

Yul no esperó a oír las protestas de su interlocutor. Colgó y se puso a reír por lo bajo.

Jack se estaba pasando un pañuelo por la cara.

—¿Otro que quiere la caja, Yul?

—Sí, y está dispuesto a pagar treinta de los grandes.

Jack compuso una mueca de asombro, exclamando:

—¡Es increíble! ¿Te das cuenta, Yul? Esa caja debe contener un tesoro.

—Quizá.

—Has dicho que no pesaba mucho.

—No, no pesaba mucho.

—¡Drogas! Eso es, Yul. Quizá sean unos cuantos kilos de heroína o cocaína.

—Te contradices, Jack. Hemos quedado en que la caja era ligera. Apuesto a que lo que había dentro no llegaba a pesar siquiera un kilo.

—¡Un diamante! Está claro... ¿Cómo no lo hemos pensado antes? Hay pedruscos de esos que valen medio millón de dólares.

Yul sacudió la cabeza en sentido afirmativo.

—Eso me parece más verosímil.

Justamente en ese instante el teléfono se puso de nuevo a sonar y fue Yul quien descolgó otra vez.

—Yul Niven al habla.

Una voz femenina le anunció:

—Compañía de Taxis Azules, le habla el señor Lazlo Angus. —

Hubo una pausa y luego Yul escuchó la voz de su amigo:

—¿Estás ahí, Yul?

—Sí, muchacho.

—Encontraron el taxi quinientos treinta y cuatro, y pensé que te gustaría saberlo.

—¿Dónde?

—En la Avenida Westchester, entre Manhattan y el Bronx, cerca del número ciento setenta y dos.

—¿Alguna pista?

—No, ninguna. Di la alarma a todos los muchachos y uno de ellos lo encontró allí abandonado. ¿Qué clase de asunto es, Yul?

—Ya te lo contaré, Lazlo. Gracias por el aviso.

Yul colgó una vez más, dio vuelta a la mesa y pegó a Jack en la espalda.

—Vamos.

—¿A dónde?

—En busca de la caja.

—¿Sabes dónde está? —preguntó alegremente Jack.

Mientras corrían en el coche de Jack hacia la Avenida Westchester, Yul contó a su socio lo que había sabido por boca de Lazlo.

Jack se sintió descorazonado.

—¿Y para eso me has hecho salir del despacho? Esa condenada caja está tan lejos de nuestro alcance como la Torre Eiffel. —Hizo una mueca, mirando a Yul que era el que conducía—. ¿Sabes lo que te digo? Tal como están las cosas, nos conviene a los dos unas vacaciones. ¿Por qué no nos largamos a Miami? Nos sentaría bien al cuerpo.

—Nuestro sitio está por ahora aquí.

—¿Sí? ¿Y qué ocurrirá dentro de un par de horas? Apuesto a que esos tipos siguen pensando que tienes la caja y, naturalmente, tú no se la puedes dar. Creerán que estás jugando con dos barajas, nos echarán el guante y apuesto a que tratan de arrancarnos la piel.

—Trataremos de evitarlo.

—¿De qué forma? —gimió Jack—. Esos tipos forman un buen

rebaño y si consigues quitarte de encalma a uno, habrá cuatro para sustituirlo.

—¿Por qué has de ser tan pesimista? Que yo recuerde, siempre has salido con bien de todos los líos.

—Eso es precisamente lo que me inquieta. Según la ley de probabilidades, alguna vez tiene que fallar y un sexto sentido me advierte que ese momento está a la vuelta de la esquina.

Yul encendió un cigarrillo, entregándose a profundos pensamientos.

CAPÍTULO V

Llegaron al lugar en que según Lazlo había sido encontrado el taxi. En las cercanías vieron un grupo de chiquillos jugando con una pelota.

Yul saltó del coche, pero no así Jack, que prefirió quedarse. El joven se dirigió hacia donde se encontraban los muchachos e hizo una señal a uno de ellos.

—Hola, chico, ¿puedes acercarte?

El niño se aproximó de mala gana mirando muy ceñudo a Niven.

—¿Qué se le ofrece?

—Hace un rato encontraron un taxi abandonado ahí enfrente. ¿Viste algo?

—Sí, llegó otro taxi y luego otro y después todos se fueron.

—Muy bien. ¿Quieres ganarte un dólar?

—¿Qué he de hacer?

—Sólo tienes que hablarme de las personas que salieron del primer taxi, ya sabes, cuando lo dejaron ahí abandonado.

—No puedo decirle nada, míster. Cuando nosotros llegamos aquí, el coche ya estaba en ese lugar y no había nadie. Yo lo vi y pensé que el conductor estaría haciendo alguna cosa por los alrededores.

Yul dio un suspiro. Tal como le advirtió Jack, no había servido de nada hacer aquel viaje.

Sacó un billete de a dólar del bolsillo y se lo entregó al chico. Le dio las gracias y se iba a volver cuando de pronto oyó una voz:

—Eh, míster, yo sé algo.

Yul giró otra vez, observando a un niño rubio da cara avispada.

—¿Qué sabes tú?

—Yo los vi.

El muchacho que había cobrado el dólar rezongó:

—No lo crea, míster. Bill tiene fama de embustero. Pregunte a los demás. Sólo sabe decir mentiras. Seguro que sólo quiere cobrar un dólar.

Yul fijó la mirada en el rostro del niño.

—¿Es cierto lo que dice tu amigo?

—No, señor. Yo los vi. Anoche oí un grillo y quería atraparlo. Por eso vine aquí antes que los demás. Fue entonces cuando llegó el taxi.

—¿Quiénes viajaban en él?

—Una señora vestida de negro y el conductor.

Yul sintió que el corazón le daba un brinco.

—¿A dónde fueron, chico?

—Había otro coche enfrente, uno negro, subieron a él y yo me puse a buscar mi grillo. Luego oí el ruido del motor. El coche no arrancaba. Le pasaba algo. El tipo lo intentó varias veces, pero el coche no se puso en marcha. Entonces el tipo habló con la mujer y él se fue. Como cosa de diez minutos más tarde trajo a un mecánico, que arregló la avería en un par de minutos. Después el coche se marchó.

—¿Conoces al mecánico, chico?

—Sí, pero no sé cuál es su nombre. Tiene el taller a la vuelta de la manzana.

Yul sacó un billete de a cinco dólares del bolsillo y lo mostró al niño.

—Es tuyo si me acompañas a ese taller.

Fueron al negocio y el muchacho señaló a un hombre que, sentado en un cajón, estaba dando cuenta de un emparedado y una botella de cerveza.

Yul se acercó a él y le hizo un saludo.

—Hola, amigo, quería preguntarle acerca de un trabajo que ha realizado usted hace un rato.

—¿Sí? ¿Qué trabajo? —preguntó el otro.

—Un hombre vino a buscarle para que le pusiese en marcha su coche. Fue en la Avenida de Westchester.

—Oh, sí, fue hace cosa de una hora, pero yo no doy informes acerca de mis negocios, amigo.

Yul sacó un fajo de billetes y apartó dos de a cinco dólares, que

puso al lado del cajón.

El mecánico miró el dinero y sacudió la cabeza advirtiéndolo:

—Es el mejor lubricante que conozco —atrapó los dos billetes y los hizo desaparecer en el mono azul en que se embutía—. ¿Qué quiere saber?

—Quizá se fijó usted en la matrícula de ese coche negro.

—Seguro, siempre lo hago. Era de Nueva Jersey, número trescientos catorce mil ochocientos cincuenta y dos.

—¿Se fijó en la otra persona que había dentro?

—Sí, una mujer vestida de negro. Me intrigó mucho, ¿sabe?, pero no pude verle la cara.

—Descríbame al tipo.

El mecánico permaneció pensativo unos instantes con la mirada en el techo:

—Unos treinta y cinco años, estatura regular, cara fea, frente llena de arrugas...

No había fallado. Era el mismo tipo que en última instancia impidió que él lograra reducir a la pelirroja. Escribió el número en un papel.

—Una última pregunta, amigo. ¿Qué clase de arena tenía el coche?

—Nada de importancia. Había un contacto en el motor que impedía la arrancada. Lo solucioné en un suspiro.

Yul le dio las gracias y abandonó el taller. El muchacho que lo había conducido hasta allí ya se había marchado.

Regresó junto a Jack y alejaronse de la Avenida de Westchester.

—Ya te dije que no lograrías nada —dijo Jack.

—Te equivocas. —Yul le pasó el papel en que había escrito la matrícula del coche negro—. Me dijiste cierta vez que tenías un amigo en el Registro de Automóviles.

—Sí, Fritz Kendall. ¿Qué es esto?

—Nos detendremos en el primer lugar desde donde puedas telefonar. Fritz Kendall ha de darte todos los datos que consten en el archivo acerca de ese coche. Es el que utilizaron la pelirroja y su amigo después de abandonar el taxi.

Jack torció la boca.

—¿Y qué vamos a adelantar con esto? —Golpeó el papel con la mano—. Seguro que robaron este coche.

—Si es así, me daré por vencido.

Poco después entraron en un bar. Yul pidió un *whisky* mientras su amigo hablaba en la cabina telefónica. Al cabo de un rato Jack se unió a su socio, y alargó el papel en donde había escrito bajo los números: «Sedan “Buick”, 1955. Charles Cobb, calle Van Burén, 80, Newark».

—Muy bien —dijo Yul—. Iré a hablar con Charles Cobb.

—Y él te dirá lo mismo que Lazlo. Dejé el coche en cualquier sitio con las llaves del encendido puestas y alguien se lo limpió...

—No tenemos nada que perder.

Dirigiéronse a Newark. La calle Van Buren ocupaba una zona residencial. A uno y otro lado se levantaban casas que debían haber costado muchos miles de dólares. Estaban defendidas por altos muros y puertas de hierro, y por entre los barrotes se veían espaciosos jardines.

Jack emitió un silbido de admiración y luego se echó a reír.

—¿Todavía quieres hablar con ese Charles Cobb?

Yul rezongó algo ininteligible. Pasaron por delante del número ochenta de la calle. La casa era muy parecida a las demás. Yul aminoró la marcha del vehículo cuando pasaban junto a la puerta de hierro. No se veía a nadie. Dieron la vuelta a la esquina y a unas diez yardas. Yul detuvo el coche y saltó fuera.

—¿Qué vas a hacer? —inquirió Jack.

Yul echó una mirada al muro.

—Voy a subir por aquí.

—¿Por qué no utilizas la puerta?

—Nunca me han gustado. Es mucho más emocionante presentarse por sorpresa.

—A Charles Cobb no le va a gustar, si es que llega a saberlo.

—No te preocupes, le pediré disculpas —dijo Yul, y un poco más allá del coche observó un árbol cuyas ramas caían justamente por encima del muro.

Era muy difícil la escalada, pero Niven era un especialista en esos menesteres.

Por fortuna, aquel trozo de calle estaba desierto.

—Échame la pistola cuando esté arriba —pidió Yul.

Subió al árbol, no sin dificultades, y montó a caballo sobre la pared. Hizo una señal a Jack y éste le arrojó la pistola. El joven la

guardó en un bolsillo interior de la chaqueta y luego se descolgó por el otro lado. Cayó en tierra blanda y permaneció un rato observando entre el ramaje. Cuando se cercioró de que todo seguía tranquilo, echó a andar hacia la parte posterior de la casa. Vio un garaje con la puerta entornada y acercóse sigilosamente. Entró en el local y descubrió el «Buick» negro. El número de matrícula correspondía al que le había dado el mecánico de la Avenida de Westchester. Salió fuera de la cochera y siguió su camino hacia la puerta de atrás. Vio una gran terraza sobre la que había una mesa y dos sillas extensibles. Unas cortinas blancas flotaban por el hueco de una gran puerta.

Saltó la balaustrada y acercóse a la puerta, permaneciendo a la escucha. Sacó la pistola del bolsillo e introdujose por el hueco, apartando las cortinas. Vio una gran sala con una escalera central a la derecha y dos puertas a la izquierda. La más próxima a él estaba entornada y de pronto oyó el ruido característico que produce el dial del teléfono al ser marcado un número. Avanzó rápidamente y colocóse junto a la puerta, oyendo la voz inconfundible de Karin:

—¿Eres tú, Don?... Hola, querido... Supongo que sabes quién soy... Oh, resulta conmovedor el que te acuerdes de mí... Será mejor que no salgas, Don, tengo importantes noticias que darte. Yo tengo lo que tú deseas... ¿No te lo imaginas?... La caja de madera que ese detective, Niven, sacó de la Central de autobuses... Es una historia algo larga de contar y no quiero aburrirte... Sí, querido, la tengo para ti, pero, naturalmente, habrás de recompensarme por mi esfuerzo... Después de todo, se trata de una cantidad insignificante, teniendo en cuenta el valor del contenido de la caja... Sólo quiero cincuenta mil dólares.

Hubo una larga pausa. Luego, Karin rió.

—Sé que los puedes dar, Don... Cincuenta mil dólares es lo que merezco y te voy a conceder un plazo muy corto... Exactamente una hora, ni un minuto más... No quiero verte por aquí... Envía a uno de tus chicos con el dinero... Recuérdalo, sólo una hora, Dos, y si para entonces no tengo noticias tuyas, yo sabré dirigirme a la persona que estará dispuesta a dar los cincuenta mil dólares... Adiós, querido... Digamos que esto es sólo mi revancha.

Yul entró en la habitación... Karin estaba de espaldas apoyada en una mesa mientras colgara el auricular en la horquilla.

—Hola —dijo él.

La joven se volvió sobresaltada y al pronto sus ojos miraron asombrados a su visitante.

—¿Cómo ha llegado hasta aquí?

Yul sonrió.

—No importa cómo. Lo cierto es que nos volvemos a ver.

—Pensé que tendría muchas ganas de salir de este asunto.

—Claro que sí, nena. Las tengo, pero antes de ello también quiero saber lo que se cuece en la olla.

—Eso le puede costar caro, señor Niven.

—Tú sabías perfectamente cuando me contrataste que yo soy uno de esos tipos que están dispuestos a pagar lo que sea por llegar hasta el fin. Por eso me elegiste, aun cuando también tenías decidido desprenderte de mí en cuanto te largase la caja. A propósito, ¿dónde está? No la veo por aquí.

—Ha perdido su tiempo, señor Niven. Se la llevé a mi amigo.

—¿Tu amigo?... Oh, sí, «Frente Arrugada». Quisiera hablar con él también.

—Se marchó hace un rato.

—Debo advertirte que escuché tu conversación coa ese Don. ¿Quién es?

—Un antiguo conocido.

—Un antiguo conocido que está dispuesto a dar cincuenta mil dólares por una cajita de madera.

Karin levantó la barbilla.

—Ha llegado tarde, señor Niven. Ya le he dicho que Johnny se llevó lo que a usted le interesa.

—No me la trago, pequeña. Tú tienes la caja porque a cambio de ella vas a lograr muchos billetes.

—Engañé a mi antiguo consocio. Sólo se trata de una celada.

En aquel momento Yul oyó pasos procedentes de la escalera central y rápidamente se pegó a la pared apuntando a la joven con la pistola.

—Vas a estarte quieta, monada.

—¿Se atrevería a disparar contra una mujer?

—Me he visto obligado a hacerlo a veces, justamente cuando mi pellejo ha estado en juego y será mejor para ti que no trates de cerciorarte. ¡Silencio!

Los pasos se acercaron rápidamente a la puerta.

«Frente Arrugada» entró y se quedó mirando fijamente a Karin. Llevaba bajo el brazo derecho la caja de madera y de pronto empezó a volverse llevando la zurda al bolsillo de la chaqueta; pero quedóse nuevamente inmóvil al ver el arma que Niven esgrimía.

Sobrevino un silencio, que rompió Yul con una suave risa.

—Ya estamos otra vez todos juntos.

«Frente Arrugada» apretó los dientes con fuerza.

—Debí matarlo en el coche. Es lo que le dije a Karin, pero ella no me dejó.

Yul miró a la joven.

—Gracias por salvarme la vida, nena. Es un tanto a tu favor.

—¡Váyase al infierno! —gritó Karin.

Yul continuó sonriendo.

—Quiero la caja, muchacho —ordenó.

—No se la des, Johnny —opuso Karin.

Johnny no hizo ningún movimiento para desprenderse de la caja y entonces Yul levantó la pistola unas pulgadas apuntándole al centro del pecho.

—Anda, Johnny, ya hiciste bastante. Deja la caja en el suelo y empújala hacia mí con la punta del pie.

Johnny concedió haciendo un movimiento afirmativo con la cabeza. Puso la caja en el suelo, pero de pronto saltó hacia Yul. Éste se había preparado para cualquier contingencia y sólo tuvo que levantar la mano y golpear con la culata del revólver en la cabeza del cómplice de Karin.

Johnny recibió el impacto junto a una oreja, soltó un ronquido y se desplomó de bruces en el suelo, quedando inmóvil.

—¡Lo ha matado! —chilló Karin.

—No, nena, sólo está desvanecido. La culpa fue enteramente suya, debió estarse quieto.

Yul caminó hacia donde estaba la caja y, sin apartar la mirada de la pelirroja, agachóse y cogió aquélla del suelo.

—No se la lleve, señor Niven —rogó Karin apretándose las manos.

Yul se enderezó.

—Siento estropearte el negocio, nena, pero comprometí la mercancía con mucha gente.

—¿Quiere decir que la va a vender?

—Dependerá mucho de lo que contenga. —Yul empezó a retroceder hacia la puerta—. Adiós, y será mejor que te estés quieta. Eres demasiado bonita y sentiría estropearte la fachada.

Salió fuera y cerró rápidamente. Luego echó a correr hacia la terraza, saltó de nuevo la balaustrada y avanzó muy aprisa hasta llegar a la parte del muro tras la que se hallaba su socio.

—¡Jack! —lo llamó.

—¿Qué pasa, Yul?

—Ahí te envío la caja. Cógela al vuelo. No quiero que se estropee.

La lanzó al aire por encima del muro y luego oyó una maldición de Jack.

—Infiernos, por poco se me cae.

—Métete en el coche y prepárate para arrancar —le indicó Yul.

Por aquella parte, la pared estaba peor conservada y había algunos huecos. Yul utilizó éstos para subir.

Luego pasó al árbol y finalmente descendió al suelo.

Jack estaba al volante con el motor en marcha.

Yul sentóse a su lado y seguidamente empezaron a alejarse de aquel lugar.

Jack acarició la caja que tenía sobre su regazo mientras decía:

—Treinta mil dólares.

—Aún no hemos hecho el negocio.

—¿Qué quieres decir? Te comprometiste con dos compradores.

—Sólo consentí en dialogar con ellos para que siguiesen pensando que yo tenía la mercancía, pero no la daremos a cambio de ningún dinero hasta que vea lo que hay dentro.

—Muy bien. Ábrela.

—No aquí.

—¿A dónde quieres ir?

—La oficina y nuestros respectivos apartamentos deben estar vigilados a estas horas. Iremos al Club Veintiuno, allí hay buenos reservados.

Como cosa de veinte minutos más tarde, los dos socios se encontraban a solas en una habitación observando la caja, que habían colocado sobre una mesa.

—Deja que sea yo quien la abra, Yul —dijo Jack sonriente.

—Muy bien, adelante.

Jack desprendió el plomo y los alambres de la caja y luego con un cuchillo hizo saltar el lacre de la tapa. Abrió ésta y los dos socios vieron que dentro había otra caja lacrada.

Jack se puso de nuevo a la tarea y cuando abrió la nueva tapa, los dos amigos permanecieron inmóviles observando estupefactos su contenido. Sobre un montón de paja descansaba una mano humana.

CAPÍTULO VI

Jack retrocedió tambaleante dos pasos como si acabase de recibir un mazazo. Señaló la caja con el dedo índice.

—¡Ya veo visiones, Yul!

—No, muchacho —contestó Niven—. Aquí dentro hay lo que tú estás viendo. Una mano cortada.

Se cubrió la diestra con un pañuelo para no dejar huellas dactilares y sacó la mano de la caja, examinándola atentamente.

—Está embalsamada —anunció.

Jack empezó a parpadear y de pronto su semblante se iluminó con una sonrisa.

—¡Ya lo tengo, Yul! La mano pertenece a uno de esos faraones egipcios. Por eso dan tanta pasta por ella...

—No digas tonterías. No soy un técnico pero apuesto a que esta mano ha sido embalsamada recientemente —de pronto sus ojos se detuvieron en una marca que había sobre el dorso de la mano mutilada—. Aquí hay algo curioso.

—¿El qué?

—Un trébol de cuatro hojas. Fue marcado a fuego.

—Quizá lo hizo el tipo que lo embalsamó.

—¿Por qué lo había de hacer?

Jack hizo una mueca.

—Ya te dije que no te metieses en este lío. Por todos los demonios... Seguro que has ido a enfrentarte con una pandilla de locos. ¿A quién se le ocurre dar treinta mil dólares por una mano en esas condiciones?

—Te falta saber algo importante. Hay alguien que da cincuenta mil.

—¡No!

—Sí, muchacho. Es el trato que hizo la pelirroja con un tipo llamado Don y que yo deshice al llevarme la caja.

—Te digo que todos los que están relacionados con esta caja están como cabras, Yul. ¿Cómo puede dar alguien cincuenta mil dólares por eso?

Yul dejó otra vez la mano dentro de la caja.

—Sólo te voy a decir una cosa, Jack. Esta mano mutilada es la solución de algún asunto importante.

—Ya estás dando rienda suelta a tu imaginación. Escúchame a mí, Yul. Si hay algún tipo tan chiflado como para dar cincuenta hojas de lechuga por esa caja y lo que contiene, ¿qué es lo que estamos esperando? Volvamos al despacho y esperemos a que lleguen con la manteca.

—Se me ocurre una cosa mejor, muchacho —repuso Niven, pensativo.

—¡No, Yul!

—Voy a regresar a la casa de la pelirroja.

—¿Qué se te ha perdido allá? ¿No tienes ya la caja?

—Sí, pero ella me parece que me puede dar la clave. Además, hay otra cosa. El coche está a nombre de Charles Cobb. ¿Quién es Charles Cobb?

—¡Al diablo quienquiera que sea!

—Tienes que quedarte con la caja, Jack.

—¿Yo? ¡No cuentes conmigo!

—Eres mi socio, muchacho.

—Estupendo, soy tu socio y, como tal, tengo derecho a voz y voto.

—Según lo estipulado entre nosotros, yo soy quien dirige la agencia. ¿Necesitas que te lo recuerde?

Jack soltó un gemido mientras Yul se acercaba a él sonriente y le daba una palmada en la espalda.

—Anda, chico, coge esa caja y lárgate.

—Muy bien. Tomaré el primer avión que salga para la Patagonia.

—No hace falta que vayas tan lejos. Quizá te necesite pronto. —Yul se pellizcó la barbilla—. Vete al apartamento de nuestro amigo Tommy Kennedy, el periodista.

—No iré.

—Le explicas cualquier tontería, que el casero te ha desahuciado, pero no le dejes ver lo que contiene la caja. Compra lacre por el camino y llévate esos alambres. Tienes que dejarla tal como estaba.

—¡Por lo que más quieras, Yul!... ¡Abandona este asunto!

—Hasta luego, amigo. Más tarde pasaré por el apartamento de Tommy.

Quince minutos más tarde, conduciendo el coche de Jack, Yul desembocaba por segunda vez en aquel día por la calle Von Burén, en Newark.

Apretó el acelerador a fondo al llegar cerca del número ochenta, pero de pronto vio las puertas de hierro abiertas y frenó bruscamente. El coche se detuvo entre un chirriar de neumáticos.

Yul, la mano adherida a la culata de la pistola que escondía en el bolsillo, penetró en el jardín, caminando muy aprisa hacia la terraza trasera.

Las cortinas seguían flotando al aire. Observó que la puerta de la estancia donde se había enfrentado con Karin y Johnny seguía abierta.

Penetró en la estancia y al pronto se detuvo contemplando el cuerpo de Johnny. Seguía inmóvil, boca abajo, pero ahora junto a su cabeza había un charco de sangre.

¡Infiernos, él no le había golpeado tan fuerte con la culata!

Se agachó sobre el cuerpo inanimado y entonces obtuvo la respuesta. A Johnny le habían pegado un balazo encima de la ceja izquierda.

Yul, en cuclillas, llamó:

—¡Karin!

No hubo respuesta.

Púsose en pie y dirigióse hacia la mesa donde estaba el teléfono. Sacó el pañuelo y, cubriéndose con él la mano, descolgó el auricular y marcó el número de la policía.

—Oiga —dijo muy deprisa—. Se ha cometido un crimen en el número ochenta de la calle Von Buren, en Newark.

Luego colgó y salió de la casa. Una vez en el coche, se dirigió a su oficina. Dio dos vueltas a la manzana observando a la gente que había cerca de la puerta de acceso al edificio. Junto a un escaparate había un tipo que leía tranquilamente el diario. No le gustó su

aspecto. Diez yardas más allá vio otros dos fulanos, que hablaban de sus cosas. No se diferenciaban mucho del lector. Rió para sus adentros: los buitres estaban al acecho.

Bien; tenía que hacerles el juego si quería sacar algo en limpio.

Estacionó el coche en el hueco que dejaba otro que se iba, y luego caminó despreocupadamente, sin prestar especial atención a los esbirros que estaban de vigilancia.

Cuando iba a introducir la llave en la cerradura de su oficina, encontróse con que la puerta estaba abierta. Sacó la pistola y pasó dentro, pero allí no había nadie.

El visitante de turno no se había comportado con un mínimo de urbanidad. Los cajones estaban por el suelo, volcado todo su contenido, los dos sillones de cuero aparecían boca arriba enseñando las tripas. Se diría que por allí había pasado un huracán.

Empezó a ponerlo todo en orden y en esto oyó unos pasos y al volverse vio entrar a Dietrich, el cual sonreía untuosamente.

—Aquí me tiene, amigo —dijo cerrando la puerta.

Yul dio la vuelta a la mesa y se sentó en el sillón.

Dietrich se tocó la parte de la chaqueta donde guardaba la cartera.

—Es usted un hombre de suerte, señor Niven. No todos los días se logra un pellizco de veinticinco mil dólares.

—No hay nada de lo dicho, amigo.

Dietrich empezó a borrar la sonrisa sustituyéndola por una mueca.

—¿Qué está diciendo, Niven?

—¡Ya lo oyó! No hay acuerdo.

—Pero usted dijo...

—No importa lo que yo dijese antes. La operación no se había cerrado y puedo volverme atrás.

—Usted no puede hacer eso —tartamudeó Dietrich.

—¿Acaso quiere más dinero?

Yul tabaleó con los dedos sobre la mesa.

—¿De quién es la mano que hay en la caja, Dietrich?

El interpelado empezó a entrecerrar los ojos.

—¿Es que quiere tomarme el pelo, señor Niven? ¿Qué es eso de una mano?

—Justamente lo que contiene la caja por cuya posesión usted

paga veinticinco mil dólares.

—¡Voto al cielo!... ¡Eso no puede ser!

—¿No? ¿Por qué clase de mercancía cree usted que iba a pagar esa fortuna?

—Pues... por una colección de sellos.

—¿A quién espera engañar con ese cuento?

—Es lo que me dijeron que contenía la caja y estoy seguro de que es eso.

—Usted es mal comediante, Dietrich. No podría convencer ni a un chiquillo.

Dietrich se mordió el labio inferior.

—Muy bien, es una mano o lo que usted quiera que sea. Le pago por ella veinticinco mil dólares. Por todos los diablos, quisiera estar en su piel. Usted recibirá el dinero y dirá adiós a las preocupaciones.

—Me gustan a veces las preocupaciones, Dietrich, especialmente cuando están basadas en algo que resulta un misterio.

—Sea sensato, señor Niven. —Dietrich se tocó otra vez la parte derecha de la chaqueta—. ¿Quiere ver los billetes? Son hermosos, crujientes. Dan la impresión de que están recién salidos del horno. Atrápelos ahora que puede y déjese de problemas.

—¿De quién es esa mano, Dietrich? —repitió Yul.

En ese instante la puerta se abrió y dos hombres entraron en la oficina con la diestra en el bolsillo.

Yul los identificó como el par de tipos que había visto dialogando en la calle. Uno era grueso, muy alto, de grandes mofletes y bigote espeso. El otro era también corpulento, pero su cabeza resultaba desproporcionada por lo pequeña. Era de sienes hundidas y pómulos salientes. Ambos se cubrían con trajes de gabardina. El del gordo era de color gris y el del otro verdoso. Habían cerrado la puerta y estaban inmóviles mirando alternativamente a Dietrich y Niven.

El grueso habló a su compañero por la comisura de la boca.

—Mira quién está aquí, Budd. Es el pájaro Dietrich.

El llamado Budd soltó una risita.

—¿Cómo estás, Dietrich?

—Soy amigo del señor Niven, ¿sabes, Luke? Justamente pasaba por la calle y decidí subir para echar una parrafada con él.

—¿Lo has oído, Budd? —dijo Luke—. Resulta que Dietrich y Niven son amigos. ¿Qué te parece?

Budd sacudió la cabeza.

—Es posible que hayan ido al mismo colegio.

Dietrich se tocó el ala del sombrero mirando a Niven.

—Bueno, muchachos, ya nos veremos otro día, ¿eh? —Echó a andar hacia la puerta sin dejar de sonreír—. Hasta la vista, amigos. Tuve mucho gusto en veros.

Luke movió el brazo con mucha rapidez y golpeó a Dietrich en la cara lanzándolo contra la pared.

Dietrich estuvo a punto de venirse abajo, pero logró mantener el equilibrio mientras se llevaba la mano a la parte castigada.

—¿Por qué has hecho eso, Luke? —gimió.

Luke habló entre dientes:

—Te vas a aprender algo, Dietrich, y va a ser de memoria. Olvídate de Niven. Es de la única forma que podrás seguir viviendo.

—Sí, Luke —sacudió la cabeza Dietrich de arriba abajo—. Me olvidaré de todo lo que tú quieras.

—Vete, maldito cobarde, y será mejor para ti que salgas de la ciudad. Estoy seguro de que hace mucho tiempo que no ves a tu familia de Chicago.

—Un par de años.

—Déjate caer por allí y échales un vistazo, pero no te des mucha prisa en regresar.

—No, Luke, no volveré.

—Así es mejor.

Dietrich dirigió una mirada a Yul y luego, caminando muy despacio, salió del despacho, cerrando a sus espaldas.

Los dos matones quedaron a solas con el detective.

Luke habló otra vez por la comisura de la boca.

—Míralo, Budd. No le llega la camisa al cuerpo.

Yul cruzó los dedos sobre el pecho, echándose hacia atrás.

—¿No ven cómo me tiemblan las carnes? Estoy convencido de que si me apuntan con el dedo me muero del susto. Aprovechen su oportunidad, muchachos.

Luke frunció el ceño.

—Haga chistes cuando hayamos terminado con usted.

—Ustedes no van a iniciar ni acabar nada. Abriré esa puerta y se

largarán por el camino que han traído.

Budd estaba tan asombrado que no quería dar crédito a lo que oía.

—Este tipo está como una regadera, Luke.

—No, no es eso, estúpido. Me he encontrado con algunos como él. Se las quieren dar de tipos vivos, pero nosotros lo vamos a poner más suave que un guante.

Yul habló con voz cansada.

—Escuchen, esbirros. Tengo lo que ustedes buscan, pero no está aquí.

—Muy bien —dijo Luke—. Se pondrá en pie y nos llevará al sitio donde lo esconde.

—¿Por qué he de hacer eso?

Luke soltó una risita.

—¿Vio al tipo a quien atropelló un coche en plena Quinta Avenida? Algunos diarios traían su fotografía.

—No leo esa clase de Prensa porque me quitaría el sueño. Soy un fulano muy sencillo.

Las orejas de Luke empezaron a colorearse.

—Va por mal camino, Niven. A usted le conviene colaborar.

—¿Con quién?

—Con nosotros.

—¿Y quiénes son ustedes?

—Yo soy Luke Chaves y éste es Budd Costello.

—Eso no me dice nada.

Luke sonrió.

—Le traigo los treinta mil que usted acordó con la persona a quien representamos.

—¿Quién es él?

—No le importa a usted.

—Me importa.

Luke apretó los dientes.

—¿Ya empieza otra vez, Niven? Quizá usted no se haya dado cuenta de que se encuentra al borde de un precipicio y de que usted saltará sin necesidad de que nadie lo empuje.

—Le salió muy bonito, Luke. Usted debía de trabajar en la TV.

Las orejas de Luke se pusieron más rojas.

Budd sacudió la cabeza.

—No comprendo nada. ¿De qué estáis hablando?

—Cállate, estúpido —dijo Luke.

—¿Por qué has de meterte siempre conmigo? —rezongó Budd.

—¡Punto en boca! —chilló Luke fuera de sí sin apartar sus ojos relampagueantes del rostro de Niven.

—¿Qué quiere ganar con todo esto, sabueso?

—Sólo quiero hablar con su jefe personalmente..., cara a cara.

—No hay nada de eso.

—Entonces den media vuelta y lárguense.

—¿Se imagina comiendo sin dientes, Niven?

—Hay dentaduras postizas... para los tipos como usted.

Hubo un silencio y luego Luke dijo:

—Anda, Budd, hazle una demostración.

CAPÍTULO VII

Budd se puso en movimiento y Niven se maravilló que lo hiciese con tanta agilidad. Un segundo antes de que golpease contra su oreja una cachiporra soltó una imprecación para sus adentros por haberse confiado tanto. Siempre pensó que estaba en ventaja para sacar la pistola.

Tuvo la impresión de que acababa de recibir la coa de una mula y de que, en el mejor de los casos, si salía de aquélla, quedaría sordo para toda su vida.

Percibió un zumbido enorme que le taladró la cabeza de una oreja a otra, pero por fortuna se encontraba sentado y eso le permitió librarse del segundo viaje que le envió el gorila. Al fallar el golpe, Budd se vino hacia un lado, sobre la mesa, y Yul vio ante sí su cara y su cuello. No pudo resistir la tentación de pegarle con el filo de la mano.

Budd lanzó un rugido y empezó a hacer extraños visajes con los ojos desorbitados. Se enderezó moviéndose como una marioneta de la que tironeasen bruscamente.

El gordito Luke empezó a sacar también algo del bolsillo, pero Yul estaba detrás de Budd y empujó a éste sobre su compañero.

Los dos «gangsters» entrechocaron y Luke lanzó una maldición trastabillando por el piso.

Yul anduvo listo en acompañarlo en su carrera y cuando lo tuvo a tiro le sacudió un trallazo en pleno vientre.

Luke expulsó todo el aire que había almacenado durante la jornada y quedó en una actitud muy extraña, las fauces abiertas.

Niven le lanzó un directo al mentón. Sonó un ruido a cascajo y su víctima golpeó las espaldas contra la pared con tanta fuerza, que por un instante pareció que todo el edificio se iba a venir abajo.

Luego se derrumbó suavemente en el suelo y quedó inerte.

Yul se volvió hacia Budd, el cual continuaba haciendo esfuerzos para recuperarse. No le dejó oportunidad para ello. Sólo tuvo que tocarle con un golpe seco en el hígado para que el tipo se desmoronase, quedando fuera de combate.

Luego Yul respiró con fruición.

Registró los bolsillos de sus víctimas y se hizo con las cachiporras, las pistolas y un par de manoplas de acero. Los tipos iban bien provistos de ferretería. Luego sacó una abultada cartera que llevaba consigo Luke, el gordito. Dentro de ésta había un sobre cerrado. Rasgó éste y se encontró con un fajo de papeles del tamaño de los billetes de mil dólares. No pudo por menos que soltar una carcajada. Ése era el pago que le iban a dar aquellos tipos por la caja.

Volvió a sentarse en el sillón y esperó pacientemente con una de las pistolas en la mano.

Luke y Budd se enderezaron casi al mismo tiempo, dando traspiés y boqueando.

Luke había llevado la peor parte. Le salía un hilillo de sangre por la comisura de los labios y su maxilar inferior estaba enormemente hinchado. Se lo tocó varias veces para asegurarse de que lo tenía entero.

—¡Maldito sea, Niven! Eso lo va a pagar caro.

—Dirígete a mí otra vez en ese tono y te juro que te hago picadillo —miró a Budd—. Y esto también reza para ti, muchacho.

Sobrevino un silencio.

Yul señaló los papeles y el sobre que había sobre la mesa.

—Treinta mil dólares, ¿eh, Luke? La Tesorería de los Estados Unidos ha empezado a ahorrarse mucho trabajo.

—Sólo quería asegurarme de que usted iba a cumplir con su palabra.

—Claro que sí. Yo os daba la caja y vosotros me largabais un montón de sucios papeles.

—Ya le he dicho que era una comprobación.

—Dejemos ese punto. ¿Quién es vuestro jefe?

Luke se encogió de hombros.

—No lo sé.

—Y tú tampoco, ¿verdad, Budd?

—Tampoco.

—Pensé que no daríais mucha guerra, pero ya veo que me equivoqué. —Yul apuntó a la pierna de Luke—. Te voy a conceder muy poco tiempo para que empieces a cantar.

—No se atreverá a tirar contra mí, estoy indefenso.

—Anda, dime que eres un honrado ciudadano de los Estados Unidos en pleno uso de sus libertades democráticas. Dime que pagas tus impuestos y que contribuyes todos los años al baile benéfico de la policía.

—Usted podrá creerlo o no, pero le juro que no conozco a la persona que representamos.

—¿Sí? ¿Y cómo os metisteis en el asunto?

—Un amigo nos contrató. Es él quien debe de estar enterado de todo.

—Su nombre.

—Gilbert Kluba.

—En mi vida he oído hablar de él. Es el primer nombre que te ha venido a la cabeza, ¿verdad, Luke?

—Se equivoca, ese tipo existe.

—Es posible, pero no tiene nada que ver con este condenado lío.

—Le doy mi palabra de honor de que fue él.

—¿Tu palabra de honor? —Yul sonrió sarcástico—. Era lo único que me quedaba por oír.

—Nos paga trescientos dólares a cada uno por el trabajo. Sólo teníamos que atemorizarle para que nos entregase cierta caja que usted tiene en su poder.

—¿Y también os dio el sobre?

—Desde luego.

—¡Maldito embustero!

—Es la pura verdad, señor Niven. Anda, díselo tú, Budd.

Budd se mojó el labio inferior con la lengua.

—Es verdad, señor Niven. Gilbert Kluba nos contrató. No sabemos nada del asunto.

—Supongamos que os creo. ¿Dónde puedo encontrar a Gilbert Kluba?

Luke y Budd se miraron titubeantes.

—¿Dónde? —repitió Yul.

—¿Conoce el bar de Laurence Kohen, de la calle Sesenta y Dos,

Oeste? —murmuró Luke.

—He ido alguna vez por allí.

—Encontrará a Kluba de ocho a nueve.

—Descríbemelo.

—Eso nos va a comprometer mucho.

Yul rió otra vez levantando la pistola.

—Se me está ocurriendo una idea, muchachos. ¿Qué os parece si nos dejamos caer por el Precinto de la Policía?

Luke tartamudeó:

—No hace falta que haga eso, Niven. Le describiré a Kluba. Es alto, rubio, de unos treinta y cinco años. Es un tipo guapo, ya sabe, de esos que tienen tanto éxito con las mujeres. Sabe decir chistes, bailar, gastar bromas como nadie. No hay muchacha que se aburra con él.

—Bien, Luke. Dime ahora quién es Dietrich.

—¿Dietrich?... Bueno, ya lo vio, un maldito cobarde.

—Comprendo, un competidor vuestro.

—¿Ése?... No tiene agallas.

—¿A quién representa él?

—Ya le he dicho que no sabemos nada. ¿Acaso no era amigo de usted?

En aquel momento Budd saltó sobre Niven. Éste trató de enderezarse porque estaba retrepado en el sillón, y aunque adelantó la pistola, el matón dio una prueba más de su agilidad eludiendo el golpe que el detective le enviaba y replicando con un demoledor puñetazo, que Yul recibió en un hombro.

Sintió un terrible calambre en el brazo armado y luego vio cómo Budd y Luke corrían como gamos hacia la puerta, abrían ésta y desaparecían.

Yul dio un suspiro de alivio porque si los tipos no se hubieran asustado podrían haber terminado fácilmente con él.

Por fortuna no se habían dado cuenta de que con un solo brazo útil hubiese sido una víctima propiciatoria.

Cambió la pistola de mano y se puso en pie empezando a pasear pensativo. Naturalmente, se encontraba casi como antes. Luke y Budd no habían arrojado mucha luz sobre el asunto. Era posible que existiese aquel Gilbert Kluba, que fuese rubio y que pasase sus ratos de ocho a nueve en el bar de Laurence Kohen, pero, naturalmente,

ahora Kluba sería avisado por los gorilas. Era muy difícil que por ese camino consiguiese lo deseado.

Se echó la pistola al bolsillo y guardó la demás artillería en un cajón, que cerró con llave. Luego abandonó el despacho y salió a la calle. No se entretuvo en observar a la gente sospechosa que hubiese por los alrededores. Subió al coche de Jack y sumergióse en el tráfico. Anduvo un rato por las calles hasta asegurarse de que lo seguía un coche color verdoso.

Sonrió. Le bastaron quince minutos para burlar la vigilancia a que estaba sometido y luego dirigióse al edificio donde se ubicaba el apartamento de Tommy Kennedy.

Subió arriba y golpeó tres veces con los nudillos en la puerta diecinueve. Oyó en el interior los inconfundibles pasos de Jack.

—Abre, chico, soy yo.

La puerta se entreabrió unas pulgadas y Yul vio por el hueco el rostro de su socio. Empujó la puerta y se coló dentro, deteniéndose en el «*living*».

—¿Y Tommy? —preguntó.

—Lo llamaron del periódico para un asunto urgente. —Jack se quedó perplejo observando que Yul se acariciaba el hombro donde el gorila le había pegado—. Ya te zumbaron, ¿eh?

—Yo fui quien dirigió el baile —respondió Niven, y se dejó caer en un sillón—. ¿Dónde está la caja?

—La escondí en un armario.

—Supongo que no le habrás dicho nada a Tommy.

—No. Le dije que la caja era el regalo de cumpleaños de mi abuelito. —Hizo una pausa—. ¿Qué vas a hacer ahora, Yul? El asunto está perdido. Esa mano no nos sirve a nosotros para nada. ¿Por qué has de empeñarte en conservarla contigo? Sólo nos traerá dificultades.

Yul se apretó el puente de la nariz.

—Cállate unos minutos, quiero pensar.

—¿En qué?

—Empiezo a imaginarme una hipótesis acerca de todo lo que está ocurriendo.

—Todo está claro como el agua. Han matado a un tipo y lo hicieron pedazos. A nosotros nos tocó la mano en el sorteo y te aseguro que estoy conforme con nuestra suerte. Pudo haber sido un

trozo peor.

En ese instante sonó el timbre de la puerta y Jack volvió la cabeza sobresaltado.

—¿Te han seguido, Yul?

—No lo creo. Me cercioré de ello —pero a pesar de sus palabras, Yul sacó la pistola y le hizo una señal a Jack para que se fuese hacia la puerta—. Abre, yo te cubriré.

Jack rezongó una maldición por lo bajo y acercóse a la puerta seguido por Yul.

—¿Quién es? —preguntó Jack.

—Un paquete para usted, señor.

Jack miró a Niven.

—Es el truco de siempre. Sólo quieren que abra y entonces nos freirán.

—No te preocupes. Yo seré quien tire primero. Abre la puerta de golpe.

Jack dio la conformidad de mala gana. Puso la mano en el tirador, lo hizo girar y tiró bruscamente de la puerta.

Yul saltó a un lado poniéndose en medio del hueco, listo para disparar; pero entonces quedó inmóvil viendo en el corredor a un botones, el cual llevaba una caja en la mano. El muchacho vio la pistola de Niven y empezó a abrir la boca y los ojos muy asustado.

Yul escondió el arma rápidamente y sonrió.

—Hola, chico, ¿qué traes ahí?

El botones tragó saliva.

—Es para ustedes.

Fue a alargar la caja a Niven, pero cambió de idea y se la entregó a Jack, dio media vuelta y echó a correr por el pasillo.

—¡Eh, muchacho! —dijo Yul—. Te olvidas de la propina.

Pero el botones no se detuvo.

Yul se encogió de hombros y, sin dejar de sonreír, porque el chasco le había hecho gracia, cerró la puerta suavemente.

Jack seguía con la caja entre las manos mirando ésta como un sonámbulo.

—Yul...

—¿Qué pasa?

—¿Es que no lo ves? ¡Otra caja!

—Sí, pero no es igual que la otra. ¿Qué ocurre con eso?

—Tengo un presentimiento.

—No seas pájaro de mal agüero. Esa caja contiene algo que compró Tommy en un almacén y que ordenó fuese traído aquí.

—Pesa mucho, Yul.

—Vamos. Déjala de una vez sobre la mesa y ábrela. Así quedarás tranquilo.

Jack caminó con paso inseguro hacia la mesa y dejó sobre ésta el paquete. Quitó las ligaduras y el papel que lo envolvía y ante los ojos de los dos apareció una caja de cartón. Jack se oprimió las manos.

—Ábrela tú, Yul.

—Vamos, ¿qué te pasa? ¿Es que has perdido el valor?

Jack titubeó todavía unos momentos antes de que se decidiese a tirar de la tapa.

Cuando lo hubo hecho lanzó un aullido de pánico.

En el fondo de la caja descansaba una cabeza.

CAPÍTULO VIII

Jack retrocedió a punto de desmayarse, tropezó con el borde del sillón y cayó sentado. Señaló la caja diciendo:

—¿No te lo dije, Yul? ¡Se trata de un crimen!

Yul alargó la mano, introduciéndola en el interior de la caja.

De pronto se echó a reír.

—Buen detective estás hecho, Jack. Esta cabeza no pertenece a ningún cuerpo humano. Es de un muñeco.

Levantó la cabeza y Jack, pese a la advertencia, dio un respingo.

—Vamos, mírala —dijo Niven—. Hasta puedes tocarla para cerciorarte, si es que no quieres dar crédito a mis palabras. Es de goma.

Avanzó hacia Jack y éste, tras un titubeo, se decidió a tocar la mejilla del muñeco. Luego dio un suspiro echándose atrás.

—Santo cielo, me gustaría conocer al autor de esta broma... Está claro, son ellos... los «gangsters»... y ahora saben dónde nos encontramos —levantóse de un salto y echó a correr hacia una puerta.

—¿A dónde vas? —preguntó.

—A avisar al teniente Crosby. Es a él a quien corresponde aclarar el misterio de la mano cortada.

—¿Y vas a renunciar al montón de dinero que nos ofrecen por ella?

—Lo más importante para mí es que recupere el sueño, porque estoy seguro de que no voy a pegar un ojo hasta que acabe esta pesadilla.

Justamente en ese instante volvió a sonar el zumbido de la puerta.

—¡Ya están ahí! —exclamó Jack—. ¡Seguro que ahora son ellos!

—Ves enemigos por todas partes. Eso es lo que te pasa. Anda, abre.

—No; esta vez lo harás tú.

Yul dejó la cabeza del muñeco en la caja y metió la mano en el bolsillo donde tenía la pistola. Acercóse a la puerta y pegándose a la pared preguntó:

—¿Quién es?

—Por favor, busco al señor Kennedy —contestó una voz femenina—. Soy Janis Cooper.

Yul abrió la puerta con muchas precauciones, siempre con la mano aferrada a la pistola dentro del bolsillo, pero esta vez no tuvo necesidad siquiera de sacarla porque frente a él había una joven a quien no había visto nunca antes de ahora. No era una mujer corriente. Era sencillamente extraordinaria, de unos veintitrés años, muy alta, cabello negro, ojos muy grandes de un color azulado, labios rojos y cuerpo sinuoso.

—¿El señor Kennedy, por favor? —interrumpió ella el examen a que él la estaba sometiendo.

—Se marchó, señorita Cooper. ¿Puedo hacer algo por usted? Soy amigo de Kennedy. Mi nombre es Yul Niven.

La joven sacó la punta de la lengua y la pasó por al labio inferior.

—Cuando me disponía a salir, el encargado del edificio me ha dicho que un botones había traído un encargo para mí. Precisamente, el botones ha llegado abajo muy emocionado. No lo he podido entender muy bien, pero parece ser que se equivocó y trajo aquí mi encargo —la joven se interrumpió—. Después de todo es disculpable, ésta es la puerta diecinueve y yo vivo en la veintinueve.

—Oh, sí —dijo Yul—. Tendrá que perdonarme, señorita Cooper. Soy la mar de curioso y abrí su paquete.

La joven arrugó el ceño.

—¿Por qué lo ha hecho, señor Niven?

—Comprendo que es imperdonable pero celebro que no se tratase de nada íntimo.

La joven miró hacia el interior del apartamento y vio la caja sobre la mesa. Rápidamente pasó junto a Yul y tras dirigir una fría mirada a Jack, se puso a hacer el paquete.

Yul cerró a sus espaldas y acudió al lado de la hermosa mujer.

—¿Le gustan los muñecos, señorita Cooper?

—Sí, me gustan los muñecos —respondió ella con retintín.

—¿Sabe que a mi amigo le dio un buen susto?

Ella ya había envuelto la caja en el papel y se disponía a atarla, pero interrumpióse y miró alternativamente a los dos hombres.

—Podían haberse estado quietos ya que la caja no iba destinada a ustedes.

—Permítame advertirle que el botones no aclaró nada a ese respecto.

Janis fue a replicar, pero en última instancia guardó silencio y empezó a atar el paquete.

—¿Conoce mucho a Tommy, señorita Cooper?

Ella echó a andar otra vez hacia la puerta para salir del apartamento y, después de abrirla, se volvió diciendo:

—No creo que le interese, señor Niven, pero Tommy y yo trabajamos juntos en la misma Redacción. Buenos días.

La joven cerró desde fuera y Yul se volvió sonriente hacia su socio.

—¿Ves, muchacho? Ésta es la compensación.

—¡Y un cuerno! ¿Sabes lo que te digo?

—¿El qué?

—Me largo a ver a mi tía. Me escribió hace un par de meses diciendo que se encontraba enferma. Es soltera, ¿sabes?, y mi obligación es estar a su lado para cuidarla.

—Tendrás que marcharte sin equipaje. No puedes pasar por nuestro apartamento.

—No tengo nada que ver con esos «gangsters».

—No se trata de los «gangsters» sino de la policía.

—¿Policía?

—Tú viniste aquí y yo me llegué a la casa de la calle Von Burén, ¿lo recuerdas?

—Sí.

—Encontré allí un tipo muerto, justamente el amigo de la pelirroja. Le habían metido una bala en la sien. Sólo pude hacer por él que avisar a la policía. Apuesto a que el teniente Crosby se ha puesto a llamar a nuestra oficina. Lo hemos acostumbrado demasiado a esa clase de llamadas misteriosas desde una casa

donde hay un cadáver. Seguro que piensa en nosotros.

—Tú eres el que siempre lo atrae.

Muy bien, pero tú eres mi socio.

—Acuérdate, Yul. Esta vez Crosby te quita la licencia.

—Quizá lo haga, a menos que le solucionemos el caso, como siempre hemos hecho.

—¿Es que todavía piensas en solucionarlo? ¡Por todos los santos! Esto es un condenado rompecabezas del que sólo tienes una pieza, una caja de madera con una mano mutilada.

Yul paseó reflexivo durante un rato y al fin se detuvo chasqueando los dedos.

—Existen dos formas de llegar al fondo del asunto.

—Eres muy optimista —rezongó Jack.

—Forma primera: dar con la pelirroja. Procedimiento segundo: Buscar en los archivos un crimen más o menos reciente en que el cadáver haya sido despedazado.

—Estupendo. Ya está todo solucionado.

—Yo me encargo de buscar a la pelirroja y tú da encontrar el crimen perdido.

—Ni hablar. No quiero más cajas con cabezas aunque sean de muñeco.

—De acuerdo. La pelirroja será para ti.

—¿Sí? ¿Y a dónde he de ir?

—Date una vuelta por el bar de Laurence Cohen y entérate de todo lo que se relacione con un tipo llamado Gilbert Kluba. Sé discreto. Ese fulano me envió un par de gorilas a la oficina. Síguele si puedes.

—¿Qué tiene que ver la pelirroja con Gilbert Kluba?

—Es muy sencillo. La pelirroja ha desaparecido y tengo la impresión de que en estos momentos está pasando un mal rato.

—¿Quieres decir que la han cazado?

—Exactamente. El eslabón para llegar a ella es Kluba.

—¿Por qué?

—Porque Kluba es el biombo tras el que se esconde el fulano que mueve todos los títeres. ¿Tienes una pistola?

Jack sacó un arma del bolsillo interior de la chaqueta.

—No se la quise pedir prestada a Tommy porque conocía el sitio donde la guarda.

—Muy bien, muchacho, en marcha.

—¿Es que vas a dejar aquí la caja con la mano?

—Es el mejor lugar. Ya te advertí que no me habían seguido.

Los dos amigos abandonaron el apartamento del periodista y salieron a la calle.

Yul cedió a Jack el coche y él tomó un taxi dando al conductor una dirección cercana a la estación de autobuses, donde había iniciado su aventura.

Al llegar allí se encontró con la sorpresa de que su automóvil había desaparecido. Llamó por teléfono a la policía de Tráfico por si lo habían retirado de la calle por excesivo período de aparcamiento, pero le contestaron que nada sabían de su coche. Entonces Yul llegó a la conclusión de que los «gangsters» se habían tomado una pequeña revancha remolcando su vehículo hasta un punto ignorado.

Se encogió de hombros y regresó al taxi.

Veinte minutos más tarde penetraba en el edificio del «Star», el diario donde trabajaba Tommy Kennedy. Preguntó por éste y recibió la respuesta de que su amigo se había largado a Filadelfia para hacer un reportaje. Yul estaba preparado para esta coyuntura y rogó al hombre que le atendía se sirviese conducirlo a presencia de la señorita Janis Cooper.

Caminaron por un corredor y luego el guía llamó a una puerta y cuando recibió la autorización para entrar, asomó la cabeza por el hueco anunciando:

—La buscan, señorita Cooper.

—Oh, sí, que pase —oyó Yul que decía la joven.

Al entrar en la oficina y ver el rostro de Janis, Niven se dio cuenta de que no era él la persona a quien ella esperaba.

La joven estaba sonriendo y al reconocer a Yul quedó repentinamente seria.

—¿Usted otra vez?

Yul cerró la puerta y observó el trabajo que ella estaba realizando; el dibujo de un modelo femenino.

—Lo hace muy bien, señorita Cooper —murmuró.

La joven puso un brazo en jarras.

—¿Sólo ha venido a eso, señor Niven?

—Oh, no. Me acerqué para hablar con Tommy, pero me han dicho que se encuentra fuera y he pensado que usted me podía

echar una mano.

—¿No conoce a otra persona del diario?

—No, sólo a Kennedy... y a usted.

La joven respiró profundamente.

—¿Qué es lo que quiere, señor Niven?

—Me gustaría echar un vistazo en el archivo.

—Muy bien. Venga conmigo.

Janis lo condujo a una gran habitación cuyas paredes estaban repletas de estanterías donde se guardaban los números del «Star» coleccionados en tomos. Atendía la sección un viejo de unos sesenta años que Janis presentó con el nombre de Peter Dawn. Era un tipo simpático que se ofreció incondicionalmente a Niven, el cual le explicó:

—Verá, señor Dawn, ando a la busca de un crimen más o menos reciente en que la víctima haya sido descuartizada.

El viejo Dawn soltó una risita.

—Le puedo ofrecer un buen muestrario sin necesidad de que consulte los diarios. Naturalmente, a menos que se interese por un caso particular.

—Bueno, prefiero escucharle a usted. Si por casualidad da con el crimen que me interesa, le pediré el tomo correspondiente.

—Magnífico. ¿Por dónde quiere que empecemos?

—Me da igual.

Yul se volvió hacia Janis Cooper.

—Muchas gracias por haberme traído hasta aquí, señorita Cooper. Puede usted regresar a su despacho si lo desea.

—Prefiero quedarme, me servirá de distracción.

Dawn carraspeó diciendo:

—El crimen más reciente en el que la víctima haya sido despedazada, data de quince días. Ocurrió exactamente el veintitrés de junio. Ese día, más o menos a las ocho de la mañana, un hombre descubrió un saco flotando sobre las aguas del Hudson. Dentro del saco había una mano y una pierna.

—¿Una sola mano?

—Sí, pero la otra fue encontrada días después, junto con la otra pierna. La víctima resultó ser un marinero que había sido descuartizado por un carnicero de profesión.

—No me sirve —dijo Yul.

El viejo Dawn se rascó la cabeza.

—Hubo otro caso parecido hace cosa de un mes y medio. Ocurrió en State Island. Unos muchachos que se pusieron a jugar en una barca carcomida que había en la orilla, encontraron bajo un madero una cesta y dentro de ella una cabeza humana. Resulta que el agua la había llevado hasta allí empujándola por debajo de la barca. La víctima era un hombre.

—¿Se encontró el resto del cuerpo?

—Sí, un centenar de policías se pusieron a buscar por las inmediaciones y apareció el tronco con las extremidades en las rejillas de un canal.

—¿Estaba completo su cuerpo? Ya sabe, me refiero a si le faltaba alguna extremidad.

—No en absoluto, la policía lo tuvo completo cuando le añadió la cabeza.

—Tampoco vale.

Janis Cooper cruzó los brazos.

—¿Qué es lo que busca usted exactamente, señor Niven?

—El cuerpo de una persona asesinada a la que le falte una mano.

Dawn permaneció pensativo unos instantes y finalmente repuso:

—Supongo que se referirá a un crimen que no haya quedado esclarecido.

—Exactamente.

—Lo siento, pero no le puedo servir lo que usted quiere, señor Niven. Llevo dos años al frente de este departamento y no recuerdo un caso de asesinato que esté por solucionar en el que a la víctima le falta una mano.

—Gracias de todas formas, señor Dawn.

Los jóvenes se despidieron del anciano y abandonaron el archivo.

Mientras caminaban por el corredor de vuelta al despacho de Janis, ésta dijo:

—Estando con Dawn he recordado quién es usted. Tommy me ha hablado a veces de sus triunfos como detective. Todo lo suyo debe ser muy interesante.

Se habían detenido y él la miró fijamente.

—Y todo lo suyo también lo es, Janis.

La joven ruborizó las mejillas.

—¿Ha dado cuenta de ese descubrimiento a la policía, señor Niven?

—¿Qué descubrimiento?

—El de la mano sin cuerpo.

—Es usted muy lista. —Yul la miró muy serio—. Supongo que me guardará el secreto.

—Se olvida de que soy periodista.

—Pero usted se dedica a la sección de modas. No tiene nada que ver con crímenes ni con manos cortadas.

—¿No se le ha ocurrido pensar que dibujo modelos porque me lo impusieron?

—Muy bien. ¿Qué es lo que piensa hacer?

—Supongo que el director considerará muy interesante que yo escriba acerca de un detective de la ciudad que ha encontrado una mano mutilada.

Yul hizo chasquear la lengua.

—He venido a pedirle un favor y no ha esperado mucho tiempo para cobrárselo.

—Yo no le pedí que viniese, señor Niven. ¿Lo recuerda?

La joven dio media vuelta y se introdujo en su despacho, cerrando a sus espaldas.

Yul apretó los labios rabiosamente y echó a andar, saliendo poco después del edificio del «Star». Se metió en un cine donde proyectaban noticiarios, pero apenas prestó atención a lo que sucedía en la pantalla. En su cerebro entrechocaban las ideas y, finalmente, se decidió a salir al aire libre, sin haber hallado una solución.

Regresó al departamento de Tommy Kennedy y encontróse con que el periodista ya había regresado de Filadelfia.

Kennedy tendría tinos treinta años y era pelirrojo, de cara pecosa. Como siempre, tenía el vaso de *whisky* en la mano.

Yul le hizo un saludo y ocupó un sillón.

—He conocido a tu amiguita Janis Cooper.

Kennedy hizo una mueca.

—Maldita sea, es mi perra suerte. He tratado de impedir por todos los medios que la conocieses.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Porque suponía que tratarías de quitármela.

—Te precipitaste un poco, Tommy. No es mi tipo.

Kennedy abrió los ojos asombrado.

—¿No es tu tipo?... Infiernos, ¿qué más quieres? Preséntame una igual entre cuatro millones de mujeres que hay en Nueva York y estoy dispuesto a arrojarme al océano con una piedra atada al cuello... ¿Qué hiciste con ella?

—La dejé viva. Es toda tuya.

—Eso es lo que yo quisiera, pero la chica me ha tomado el mismo cariño que a un hermano. ¿Tú lo comprendes?

—Siempre fuiste fraternal.

—No te burles —dijo Kennedy haciendo una mueca y bebió un trago de *whisky* para olvidar.

El teléfono se puso a repiquetear y Yul se adelantó diciendo:

—Debe ser para mí.

Apenas se puso el auricular al oído reconoció la voz de Jack.

—Oye, Yul, ¿estás ahí?

—Sí, muchacho, abre la espita.

—Ese Kluba se dejó caer por el bar de Cohen y lo he seguido hasta la Avenida Maryland. Se ha metido en el número ochenta y nueve y lleva más de una hora dentro.

—¿Iba solo?

—Sí.

—¿Qué aspecto tiene la casa?

—Parece respetable, es muy parecida a aquella de la calle Von Burén con su puerta de hierro, su jardín y sus muros.

—¿Qué tal está la escalada?

—No se puede hacer nada.

—Te conozco bien, Jack. Apuesto a que me has buscado ya un buen lugar para que me pueda colar dentro.

—No, Yul, tú no harás eso. En cuanto cuelgue voy a llamar al teniente Crosby. Lo pondré al corriente de todo y él hará lo demás.

—¡No se te ocurrirá hacer eso! ¿Dónde estás ahora?

—En un bar cercano al número ochenta y nueve de la Avenida Maryland; se llama «Oklahoma».

—Muy bien. Vuelve a la casa y espérame en la esquina situada al norte.

—Maldito sea, no he debido decirte nada. ¡Va a ser nuestro

entierro, muchacho!

—Dentro de quince minutos estoy contigo —dijo Yul y colgó.

Al volver la cabeza vio a Kennedy, que lo estaba, observando con las cejas enarcadas.

—¿Otra vez has vuelto a las andadas, Yul? —dijo el periodista.

—No es nada importante, muchacho, un caso vulgar de marido ultrajado que quiere pruebas contra su mujer.

Kennedy arrugó la nariz.

—¿Desde cuándo te ocupas tú de lavar los trapos sucios de otros?

Yul dio un suspiro encaminándose hacia la puerta.

—Es la vida, muchacho. Al final me he dejado ganar por el vil metal.

Cuando giró la cabeza mientras salía, vio a Kennedy que lo miraba con la boca abierta, asombrado.

Tomó un taxi y dio la dirección de la Avenida Maryland. Se apeó en el número setenta y cinco y después de abonar la carrera, echó a andar hacia el ochenta y nueve.

Al llegar al extremo norte se encontró con que allí no estaba Jack. Miró hacia un lado y otro y esperó un rato fumando un cigarrillo, pero su socio seguía sin aparecer. Entonces recobró el movimiento y dirigióse a la esquina del sur. Al llegar cerca de la puerta de hierro aflojó el paso. Miró al fondo y vio el porche con las dos columnas y un camino enarenado. Las ventanas estaban cerradas.

Anduvo hasta la otra esquina pensando en que Jack se habría despistado respecto a los puntos cardinales y que lo encontraría a la vuelta, pero tampoco tuvo éxito. Entonces se puso a pensar un rato y llegó a la conclusión de que Jack se habría quedado en el bar «Oklahoma».

Preguntó a un peatón por la ubicación del establecimiento, pero el tipo no le supo dar respuesta. Con el segundo transeúnte tuvo más suerte y quince minutos más tarde entraba en el «Oklahoma».

Sentado en un taburete había un tipo y a su lado una mujer con mucha pintura en la cara.

Yul hizo una seña al mozo y le pidió un *whisky*.

Mientras el empleado le escanciaba le disparó su pregunta:

—¿Vio a un tipo, alto, robusto, de cejas espesas? Estaba aquí

hace cosa de cuarenta y cinco minutos. Llamó desde la cabina —al propio tiempo que hablaba, Yul mostró por el agujero de la mano unos cuantos billetes.

—Sí, estuvo aquí —asintió el mozo—. Recuerdo que pidió un refresco. Estaba acalorado cuando salió de la cabina. Pagó y se marchó.

—¿No ha regresado?

—No, señor.

Yul bebió el *whisky* y añadió un par de dólares al importe de su consumición.

Cuando regresó al número ochenta y nueve de la Atenida Maryland ya había caído la noche.

Se detuvo de nuevo en la esquina del sur y encendió un cigarrillo a la espera. Finalmente, decidió ir otra vez al extremo norte.

Echó a andar muy rápidamente y cuando cruzaba de nuevo la puerta de hierro se detuvo porque la vio abierta unas pulgadas. Arrimóse a la pared tratando de recordar si habría estado también abierta la primera vez que pasó. Sí, podía ser ya que con anterioridad sólo había prestado atención a la casa.

Cruzó el umbral y buscó refugio tras un árbol permaneciendo a la espera. Todo seguía tranquilo, apacible.

Finalmente se decidió a continuar su camino hacia la casa no sin tomar las debidas precauciones, deteniéndose de vez en cuando para observar su alrededor.

La puerta de la casa no estaba abierta como la del jardín. Decidió ir a la parte trasera pensando en que le podría ser más fácil la entrada, como había ocurrido en la calle Von Burén.

Caminaba junto a la pared cuando de pronto se detuvo viendo que un poco más arriba de su cabeza había una ventana abierta. Dio un salto y, agarrándose al alféizar, se izó fácilmente.

Tuvo la sensación de que era un obús lo que había hecho explosión contra su cráneo y que éste se deshacía en pequeños fragmentos y luego se sumergió en la nada.

CAPÍTULO IX

Volvió en sí sintiendo que algo húmedo le corría por el cuello.

Ante sus ojos había una nube y tras ella adivinó la figura de un hombre.

Hizo esfuerzos por recuperarse y luego aquella figura se fue aclarando poco a poco. El hombre debía tener unos cincuenta años e indudablemente le gustaba comer mucho. Su vientre era muy abultado y tenía grasa bajo la barbilla, junto a las orejas y grandes bolsas bajo los ojos.

Yul pensó que aquel tipo debió ir para sapo antes de convertirse en hombre y que ahora participaba de ambas faunas.

—¿Se encuentra bien, señor Niven?

Su voz era ronca y entonces Yul recordó haberla oído con anterioridad. Sí; exactamente correspondía a la del fulano que le hizo la segunda oferta por la caja misteriosa. Se cubría con un traje azul a rayas. Su camisa era blanca, inmaculada, y su corbata oscura, sobria. Calzaba zapatos negros. El cabello era del color de la arena mojada y algunos mechones se le erizaban por detrás dándole el aspecto de un exaltado. Era muy elegante el tipo. Cubría sus manos con guantes de color marrón.

Yul soltó una risita.

—Nunca me he encontrado mejor.

Trató de enderezarse y se dio cuenta de que tenía las manos atadas a la espalda.

Sentóse en el suelo y de pronto vio a su amigo Jack al fondo, apoyada la espalda contra la pared. También él tenía las manos atadas atrás y sobre la blanca camisa mostraba manchas de sangre, que ya se habían secado.

La estancia estaba iluminada por una lámpara que había sobre

una mesa.

Al fondo, casi en la oscuridad, Yul vio otras dos figuras que permanecían inmóviles.

Jack rezongó:

—Ya te advertí que estos hijos de perra nos la jugarían.

Uno de los tipos que había atrás se puso en movimiento hacia Jack, pero en esto «Demasiada Grasa» levantó la mano.

—Déjalo, Pinky, estoy hablando con el señor Niven.

Hubo un silencio.

Yul trató de ponerse cómodo. La cosa iba para largo. Al volver los ojos hacia la cara del jefe tuvo la impresión de que le recordaba otra que había visto antes. Trató de forzar su memoria y sólo logró sentir agudas punzadas en la nuca como si alguien se entretuviese por detrás en clavarle alfileres.

Oyó que Jack protestaba:

—¿Por qué no avisaste al teniente Crosby cuando comprobaste que yo no te esperaba?

Yul se dijo que, por una vez, su socio tenía razón. Empezó a soltar imprecaciones por lo bajo.

El jefe habló de nuevo.

—Usted es muy terco, señor Niven.

—No sabe usted cuánto.

El tipo hizo una mueca y la bolsa que tenía bajo el ojo derecho se estremeció.

—Le hice una oferta de treinta mil dólares y usted se conformó.

—Elegió muy malos representantes para hacerme llegar la pasta, amigo mío. Los tipos que vinieron a mi despacho sólo llevaban encima un sobre con papeles inservibles.

—Ese asunto ha quedado cancelado.

Yul pensó que los buenos de Kluba, Luke y Budd, habían pasado a mejor vida.

—Bien, señor Niven —dijo su interlocutor—. Aclaremos de una vez las cosas.

—Es lo que estoy deseando, compañero.

—Magnífico. Celebro que esté tan bien dispuesto a entablar negociaciones —hizo una pausa—. ¿Dónde está la caja?

Yul hizo chasquear la lengua.

—Ése no es el juego.

—¿Cómo dice?

—Hay otras cosas que necesito ver aclaradas antes de que lleguemos a eso que usted llama la transacción.

—Soy yo el que impongo las condiciones, señor Niven.

—Déjese de historias. Es cierto que usted me tiene aquí prisionero y que también le ha echado el guante a mi amigo, pero le recuerdo que somos nosotros quienes tenemos la mercancía que a usted le interesa.

Los ojos del rostro abotargado brillaron amenazadoramente.

—Los chicos están deseosos de hacer ciertos experimentos con usted y su amigo, señor Niven. Yo les he dicho que no haría falta nada de eso. Espero que no me defraude.

—¿De quién es la mano que hay en la caja y por la que está usted dispuesto a pagar treinta mil dólares?

El tipo hinchó los pulmones de aire y en el silencio de la estancia se oyó el silbido que producía. Jack dijo:

—Para mí no existe duda, Yul. Estos bastardos mataron a alguien y lo hicieron pedazos. Naturalmente quisieron hacer desaparecer el cadáver en cuestión pero, de una u otra forma, alguien cogió una de las manos de la víctima y la metió en la caja. Ahora al asesino le interesa recuperarla porque es la única prueba que queda de su delito.

Hubo un silencio. Yul no había apartado sus ojos de la cara del hombre grasiento y ahora le preguntó:

—¿Qué dice usted?

—Su amigo tiene razón.

—¿Quién era la víctima?

—Un tipo que usted no conoce.

—Quiero su nombre de todas formas.

—George Fuchs.

Una voz llegó de las sombras.

—Deje que lo arreglemos nosotros, jefe. Le juro que ese sabueso dejará de hacer preguntas.

El jefe sacudió la cabeza.

—¿Por qué? —sonrió por primera vez enseñando una dentadura muy blanca—. Creo que el señor Niven puede ser informado. Al fin y al cabo, él y yo vamos a llegar a un acuerdo y, cuando yo tenga la caja, él no podrá hacerme ningún daño.

—Ande, míster.

—George Fuchs y yo nos conocimos en otros tiempos. En Montreal, Canadá, para ser exactos. Ocurrió hace unos quince años. Llevábamos un negocio de exportación de maquinaria y de pronto un día el canalla de Fuchs se me fugó llevándose el dinero de la caja. Aquello fue mi ruina. Me las arreglé como pude y fui levantando cabeza. Luego, al cabo de quince años, Fuchs reapareció otra vez. Tenía que haberle visto. Se presentó en el despacho diciendo que no habíamos disuelto la sociedad y que por lo tanto él tenía derecho a un cincuenta por ciento de lo que hubiese allí.

Hizo una pausa y extrajo una pitillera del bolsillo interior de la americana. Encendió un cigarrillo y, después de exhalar el humo, prosiguió:

—Yo dije a Fuchs que se podía largar con viento fresco porque allí no quedaba nada suyo. Entonces me insultó. Nos enzarzamos en una pelea y de pronto él sacó una pistola. Me iba a matar irremisiblemente, lo leí en sus ojos. Nos pusimos a forcejear y, bueno, cuando sonó el estampido él se desplomó en el suelo. La bala se le había metido en el corazón. Murió instantáneamente.

En la estancia reinó un absoluto silencio durante un rato.

—¿Se da cuenta, señor Niven? Fue en legítima defensa.

—Estupendo, fue en legítima defensa. ¿Por qué entonces no dio cuenta a las autoridades?

—No podía correr el riesgo de que no me creyesen.

—¿Por qué?

—Fuchs tenía razón. Yo no había disuelto la sociedad con él; pensé que nunca regresaría.

—¿Por qué no disolvió la sociedad cuando él se fugó con el dinero?

—Por razones puramente comerciales. Una casa dedicada a las exportaciones tiene su clientela casi fija y ellos están acostumbrados a un nombre. El de Fuchs figuraba en la firma. Se podría haber disuelto si la sociedad fuese anónima, pero la nuestra no lo era.

—¿Por qué pensó que la policía no creería su historia?

—Fui acusado varias veces de hacer negocios sucios durante la güera y sometido a cuatro procesos, pero siempre salí en libertad. No pudieron probarme nada, pero la policía me tenía ganas. Supuse que ahora me echarían la soga al cuello y que no valdría para nada

mi historia de la pelea y de la legítima defensa —sacó un pañuelo y se sonó fuertemente. Luego, mientras, guardaba éste, añadió—: La muerte de Fuchs había ocurrido fuera de las horas de oficina. Creí que no habría ningún testigo, pero de pronto apareció uno de mis empleados. Le conté lo ocurrido. Yo estaba muy nervioso y entonces él se me ofreció incondicionalmente para ayudarme. Fue a él mismo a quien se le ocurrió la idea de hacer desaparecer el cadáver. No quise intervenir en ello.

—¿Cómo se llama ese empleado?

—Rex Verneul.

—Continúe.

—Verneul se llevó en un coche el cuerpo de Fuchs, pero al día siguiente no se presentó al trabajo. Eso me alarmó un poco. Ordené que llamasen a su casa, pero el teléfono no contestaba. Lo mismo ocurrió al día siguiente. Finalmente, al tercer día recibí una llamada del propio Verneul. Estaba aquí en Nueva York. Se había quedado con una prueba que demostraría que yo había matado a Fuchs. Me pidió le enviase dos mil dólares para mantenerse callado. La prueba me la enviaría por correo.

—Y usted le envió los dos mil dólares.

—Desde luego.

Pero Verneul no le remitió la prueba.

—Eso es lo que hizo el muy bastardo. Al cabo de quince días me llamó otra vez pidiéndome cinco mil dólares. Le dije que estaba de acuerdo, pero inmediatamente me di cuenta de que tenía que acabar con Verneul. Seguiría subiendo la cuota y me estaría chantajeando mientras viviese. Fue cuando vine aquí y contraté unos cuantos muchachos para que buscasen a Verneul. Al fin lo cazaron y le hicieron cantar. Tenía la prueba en una caja de la Central de autobuses que usted conoce. Mis hombres se descuidaron un poco y Verneul logró escapar. Naturalmente a partir de ahora tendría más cuidado en dejarse ver. Inmediatamente puse una guardia especial en la Central de autobuses.

—¿No pensó que él lo podía haber engañado?

—Decidí correr el riesgo de creerlo. Verneul había asegurado que tenía la prueba en una caja de madera, de modo que mis muchachos recibieron una norma concreta. Todo tipo que sacase de allí una caja de madera debía ser cazado. Fue así como usted se vio

metido en el lío, señor Niven.

—¿Cómo sabía usted lo que contenía la caja?

—Verneul lo cantó.

—Así que él habló de la caja y de lo que contenía, del lugar en que se encontraba... Sin embargo, no indicó concretamente el número del depósito de seguridad.

—Ya le he dicho que escapó antes de que pudiese darme más detalles, por ejemplo el del número y el lugar donde estaba la llave.

Sobrevino un nuevo silencio en la estancia. Jack dejó oír su voz:

—Bueno, yo creo que está todo claro, Yul.

—¿Sí? —murmuró su socio.

—Este hombre mató en legítima defensa y luego fue víctima de un chantaje. Ya ha pasado lo suyo. Entrégale esa condenada caja a cambio de los treinta mil dólares que se comprometió a pagar y todos quedaremos contentos.

Yul frunció el ceño sin dejar de observar al hombre que había contado aquella larga historia.

—Todavía no ha dado su nombre, amigo.

—Maurice Bass.

—Muy bien, señor Bass. Ordene a uno de sus chicos que me libre de estas ataduras y le traeré su caja.

Maurice Bass volvió la cabeza.

—Anda, Pinky, suéltalo.

Pinky salió del reino de la oscuridad y entró en el de la luz. Yul lo observó. Tendría unos cuarenta años y era delgado, bajo, de nariz aguileña y barbilla muy puntiaguda. Sacó una navaja de resorte e hizo aparecer la hoja con la que cortó las ligaduras.

Yul se puso en pie frotándose fuertemente las muñecas para restablecer la circulación de la sangre.

Pinky se había quedado muy cerca de él y continuaba con el cuchillo en la mano.

Maurice Bass dijo:

—Pinky y Dumont irán con usted, señor Niven.

—No necesito amas de cría a mi lado.

—Es pura precaución.

—Soy yo ahora el que va a llevar la voz cantante.

—Creo que no.

—¿Por qué está tan convencido? Yo soy el único en saber dónde

está la caja de madera, señor Bass.

—Lo sé, Niven, pero usted no se atreverá a hacerme ninguna jugarreta porque, aparte de su vida, van a contar para usted las de otras personas.

—¿Jack?

—Tengo otros prisioneros además de su socio. —Bass hizo una señal con la cabeza a Pinky y éste se movió hacia una puerta y la abrió de un tirón.

Yul había vuelto y quedóse asombrado al ver en la habitación adyacente a Karin, la pelirroja, y a Janis Cooper, la periodista. Ambas estaban sentadas en sendas sillas con las manos atadas al respaldo.

El joven entró rápidamente en la habitación.

La pelirroja debía haber sido castigada porque la blusa, a la altura de su hombro, estaba rota y su cabello aparecía revuelto.

—Hola, polizonte —le saludó.

—Ya le advertí que quizá sería demasiado trabajo para usted, Karin.

—No podía fiarme de nadie.

Yul desvió la mirada hacia Janis Cooper.

—Y en cuanto a usted, la ha hecho buena, muchacha.

—Déjeme en paz.

—Sólo se le ocurrió seguirme cuando abandoné el periódico y estos tipos la atraparon al lado de la casa.

¿O quizá también decidió entrar al ver la puerta abierta?

Pinky cogió de un brazo a Yul.

—Ande, salga, ya las ha visto.

Niven miró alternativamente a las jóvenes y regresó al despacho donde se encontraba Bass, el cual lo recibió con una sonrisa.

—¿De qué parte está ahora, señor Niven?

Yul sintió deseos de incrustar el puño en la mole de grasa, pero nada adelantaría con ello de momento.

—Muy bien, Bass. Usted gana.

—Es usted un hombre que sabe utilizar la cabeza.

—Tendrá aquí la caja antes de una hora.

Bass señaló a Pinky y al otro hombre que estaba en la oscuridad.

—Ellos irán con usted para que haga las cosas como deben hacerse.

Yul sacudió la cabeza en sentido afirmativo.

Pinky le indicó que lo siguiese. El otro hombre, Dumont, fue también detrás.

Salieron fuera y Yul pudo ver a Dumont. Era un tipo alto de cara de palo y brazos muy largos.

Se dirigieron a un garaje. Yul ocupó el asiento trasero de un «Ford» en compañía de Pinky y Dumont se puso al volante.

—¿A dónde hemos de ir? —preguntó Pinky.

Niven dio una dirección, la de Tommy Kennedy. Acababa de ocurrírsele una idea.

El coche se puso en movimiento.

CAPÍTULO X

El automóvil conducido por Dumont se detuvo junto al bordillo de la acera.

—Bien, muchachos —dijo Yul disponiéndose a abrir la portezuela—. Esperadme aquí, vuelvo enseguida.

Pinky lo cogió rápidamente por un brazo.

—Ni pensarlo, Niven, nosotros vamos con usted.

Yul volvió la cabeza mirándolo y finalmente se encogió de hombros.

—Como quieran.

Saltaron fuera del coche y los dos «gangsters» flanquearon al detective.

—¿A dónde vamos? —preguntó Pinky.

—Lo sabrán enseguida —contestó Yul.

Llegaron ante el edificio donde se ubicaba el apartamento de Kennedy.

—¿Está aquí la caja? —preguntó Dumont.

—Sí, arriba.

El encargado del edificio reconoció a Yul y dirigióle un saludo con la mano.

Se metieron en la jaula del ascensor y Yul oprimió el botón correspondiente a la tercera planta.

Una vez arriba apretó el timbre de la puerta diecinueve.

Kennedy salió con su vaso de *whisky* en la mano.

—¿Otra vez aquí, chico?

Yul pasó dentro y lo mismo hicieron Pinky y Dumont muy cerca de él.

El propio Kennedy cerró la puerta.

Niven se volvió como una centella y asestó un terrible puñetazo

en la cara de Dumont, el más fuerte de la pareja.

Pinky dio un salto llevándose la mano a la asila y entonces Yul se arrojó al aire pegándole un cabezazo en el estómago.

Ambos se vinieron abajo y Yul chilló:

—¡Ten cuidado con el otro, Tommy!... Lleva una pistola.

Dumont se había repuesto del golpe y efectivamente se disponía a sacar el arma, pero Kennedy comprendió que allí se estaba jugando algo muy importante, entre otras cosas su pellejo, y asestó un patadón a la mandíbula del «gángster» privándole del conocimiento.

Mientras tanto Yul había logrado quedar encima de Pinky y le asestó un golpe en la barbilla enviándolo también a la región de los sueños.

Luego el joven se incorporó y vio a Kennedy que estaba apurando con mucha prisa el contenido de su vaso. El periodista se puso a resoplar señalando a los dos fulanos que estaban en el suelo.

—¿Quiénes son?

—Matasietes.

—Debí imaginármelo. Conque estabas metido en un caso de divorcio, ¿eh?... ¡Maldita sea, y has utilizado mi casa para ajustarles las cuentas! Debí seguir el consejo de mi director cuando me dijo que te olvidase.

—No seas gruñón y trae una cuerda. Hemos de atar a estos fulanos.

—¿Por qué?

—Porque me interesa a mí.

—¡Y un cuerno! Apuesto a que antes de cinco minutos tengo aquí a todos los «gangsters» de la ciudad.

—Escúchame, Tommy; ¿te he engañado alguna vez?

—Un centenar.

—Me estoy refiriendo a cuando me he encontrado en una situación peligrosa en la que tú pudieses estar en juego.

Tommy hizo una mueca de mala gana y después gritó:

—¡Por todos los santos, estar a tu lado es como hallarse junto a un barril de dinamita! Uno no sabe cuándo va a explotar.

—Trae la cuerda —repitió Niven.

Tommy salió fuera del «living» y a poco regresó con una cuerda muy larga. Yul la utilizó eficientemente para atar uno contra otro a

Pinky y a Dumont. Cuando éstos volvieron en sí, encontráronse sentados en el suelo, las espaldas unidas y sin poder apenas moverse.

Pinky torció el gesto.

—¿Es que se ha vuelto loco, Niven?

—¿Tú qué crees? —retrucó el detective.

—El jefe tiene en su poder a las dos muchachas y a su socio. Los hará pedazos en cuanto se entere de lo que usted ha hecho con nosotros.

—¿Por qué se va a enterar? Dentro de un rato os llevaré allí.

—¿Es que va a avisar a la policía?

—No, chicos. Sé que vuestro cerdo grasiento sería capaz de ordenar la muerte de mis amigos. Llegaremos allá como salimos. Los tres juntos.

—¿Sin ataduras?

—Desde luego. Completamente libres, pero como es lógico, ninguno de vosotros llevará la pistola. Ahora tengo mucho que hacer.

Se dirigió a la puerta y Tommy chilló:

—¡Eh, Yul! ¿A dónde vas?

—Ya lo has oído. Tengo trabajo.

Tommy abrió mucho los ojos señalando a los dos tipos que estaban en el suelo.

—¿Es que crees que me voy a quedar vigilándolos?

—Sólo será cuestión de media hora.

—¡Yo no tengo nada que ver con esto! No sé siquiera de qué se trata.

—Vamos, no seas chiquillo, te informaré cuando vuelva.

—No cuentes conmigo.

—Escucha, Tommy. Será un asunto sensacional. Siempre soñaste con el premio «Pulitzer», ¿verdad?

—Sí.

—Nunca has estado tan cerca de lograrlo como ahora. Y yo voy a ser el que te voy a lanzar hacia la fama.

Tommy había quedado como hipnotizado y Niven aprovechó el momento para largarse.

Cuando ya había cerrado la puerta, oyó el grito que daba su amigo.

—¡Espera, Yul!

Pero no esperó. Abandonó el edificio y se metió en el coche de los «gangsters».

Como cosa de veinte minutos más tarde, estacionaba ante el edificio del «Star».

Penetró en éste y subió en el ascensor al piso en el que se ubicaban los archivos del periódico.

Peter Dawn lo recibió con una sonrisa.

—Caramba, señor Niven, no le esperaba ver tan pronto.

Yul le palmeó un hombro.

—Escuche, Dawn, quiero ver la colección de periódicos entre los años mil novecientos veintiséis al veintinueve.

—¿Busca algo en concreto?

—No, eso es lo peor. Me va por la cabeza, pero no sé lo que es.

—Muy bien. Siéntese en esa mesa y ahora empezaré a sacarle los tomos a partir del año mil novecientos veintiséis.

Yul pasó hojas impacientemente. Durante la hora siguiente examinó cuatro tomos con resultado infructuoso. Finalmente se echó sobre el respaldo de la silla y apretóse el puente de la nariz.

En esa posición oyó la voz de Dawn.

—¿No puedo ayudarle, señor Niven?

—Hoy he visto la cara de un hombre y he tenido la impresión de que lo conocía. Ha sido una sensación extraña, como si esa cara perteneciese a una fotografía.

—¿Cómo es?

—Un tipo excesivamente grueso, de grandes bolsas bajo los ojos, entradas muy profundas, cabello oscuro, debe tener alrededor de los cincuenta y cinco años.

—Y usted ha creído que ese hombre pertenece a la época de la Ley Seca.

—Sí.

—Tengo un archivo especial de los tipos que más sobresalieron durante aquellos años. Corresponde también al tiempo en que yo me ventilaba como periodista. Me gustaba el trabajo, aun cuando uno corría el peligro de no ver la luz del día siguiente si metía demasiado la nariz en la olla.

El anciano se movió hacia su mesa y abrió un cajón de la parte inferior. Sacó una carpeta que estaba llena de polvo y la sacudió,

limpiándola después con una gamuza. Luego regresó junto a Yul.

Niven abrió la carpeta y comprobó que se componía de una serie de folios en los que había pegadas fotografías arrancadas de un diario. Vio a Al Capone, a George Bugs Moran, a los hermanos Garaffalo...

Dawn había ampliado mucho su colección porque en ella se incluían fotos de banquetes donde participaban los grandes del hampa.

Dawn señaló una foto con el dedo.

—Ahí tiene a Bill Mac Lain, uno de los gerifaltes de Chicago cuando lo de Al Capone.

Yul sacudió la cabeza.

—Supongo que es el mismo tipo que asesinaron hace dos meses en Chicago.

—Exactamente —asintió Dawn—. Gracioso, ¿verdad? Se pasó veinticinco años de su vida en la cárcel y a las tres semanas de salir de la prisión alguien se lo cargó. Es el final de toda esa gentuza.

El detective se pasó el dorso de la mano por la mejilla.

—No encontraron al culpable, ¿eh, Dawn?

—No, todavía no y, probablemente, no lo encontrarán nunca. A Bill Mac Lain lo ha podido matar un centenar de personas. Estos tipos siempre se crean enemigos y sólo se libran de la muerte mientras se hacen acompañar por un ejército de guardaespaldas, pero Bill Mac Lain probablemente creyó que nadie se acordaba de él. Por eso se encerró en su vivienda, un caserón que compró cuando estaba en la buena racha.

Yul pasó otra hoja de la sección dedicada a Bill Mac Lain. Vio una fotografía en la que había seis hombres sentados en un jardín. El tipo del centro era Al Capone y el que estaba a su derecha era Bill Mac Lain.

Fijó la mirada en el hombre que estaba junto a éste.

—¿Quién es, señor Dawn?

—Donald Lavenchy, otro pez gordo.

—¿Qué fue de él?

—Eso es muy difícil de saber. Al tenía muchos lugartenientes, ya sabe, hombres de confianza. Los necesitaba por docenas, pero continuamente renovaba sus filas. La mayor preocupación para un tipo como Al Capone era cortar las alas a aquel de sus muchachos

que pretendiese volar demasiado alto. Muchos se retiraban de la circulación antes de que el «Napoleón italiano» acabase con ellos. Hacían su paquete y se largaban a otra parte para establecerse por su cuenta.

Donald Lavenchy debió ser uno de los que ahuecó a tiempo.

—Leí en la Prensa que Bill Mac Lain fue a la cárcel por haber dado muerte a un tal Kirk Nessler, pero no daban muchos detalles acerca de ese crimen.

Peter Dawn tosió suavemente.

—Yo vi el cadáver de Kirk Nessler e hice la información del crimen y hasta fui uno de los tres periodistas que llegó hasta Bill Mac Lain en el precinto donde lo tenían detenido antes de entregarlo al fiscal del distrito. Teniendo en cuenta todas las investigaciones que realicé, llegué a la conclusión de que Bill Mac Lain mató a Kirk Nessler simplemente por celos. Había por medio una mujer, una tal Carolyn Gibson. Mac Lain y Nessler discutieron por ella acaloradamente y Bill Mac Lain, en un arrebato, sacó la pistola y pegó un tiro a su rival. Lo cierto es que a Nessler lo encontraron muerto. Detuvieron a Mac Lain en su casa. Estaba borracho, pero conservaba la pistola con que había matado a Nessler. Mac Lain tuvo suerte porque aquél era un año de elecciones. Se llegó a decir que pagó hasta cien mil dólares por evitar que le sentasen en la silla eléctrica. Sea lo que fuere, lo cierto es que lo condenaron a perpetuidad. Como usted sabe, sólo cumplió veinticinco años de condena, aunque más le hubiera valido permanecer entre rejas.

—¿No tuvo nada que ver Donald Lavenchy con aquel lío?

—El nombre de Lavenchy no salió a relucir para nada.

—¿Quién era Carolyn Gibson?

—Una muchacha que trabajaba en un club nocturno —de pronto Dawn se interrumpió—. Oiga, ahora recuerdo que el dueño de aquel local era Lavenchy.

—¿Qué fue de Carolyn, señor Dawn?

—Tuvo mala suerte aquella chica. Pocas semanas después de la muerte de Nessler empezó a toser con mucha frecuencia. Tuvo que suspender su actuación en el club nocturno. La vio un médico y, bueno, la desahució totalmente. Se había descuidado mucho y tenía los pulmones en la ruina. Se marchó rápidamente a un pueblo de

Arizona, pero murió apenas llegó allá.

—Me gustaría hablar con alguien que hubiese conocido a Carolyn Gibson.

—Eso va a ser fácil muchacho. Conozco a una hermana suya. Sara Gibson. Una buena esposa y una estupenda madre. Su marido es muy amigo mío.

—Iré a hablar con ella ahora mismo. Deme su dirección.

—Calle Setenta y Dos, Oeste, 194 —Dawn sonrió—. No hay nadie como Sara Gibson para preparar una pierna de cordero. Una vez por mes voy por su casa. Sólo para hacer honor a su cocina.

Yul se despidió de Dawn y treinta minutos más tarde se apeaba de un taxi frente al número 194 de la Calle Setenta y Dos, Oeste. Era un barrio obrero.

Arriba de la escalera había una mujer que estaba tomando el fresco de la noche.

—¿La señora Gibson, Sara Gibson? —preguntó Yul.

—Puerta once.

Poco después Yul apretaba el botón correspondiente a la puerta que le había sido señalada.

Le abrió una mujer de unos cincuenta años, muy gruesa, de cara redonda y ojos pequeños de mirada confiada.

—¿Señora Gibson?

—Sí —dijo la mujer secándose las manos en un delantal.

—Soy Yul Niven, amigo de Peter Dawn.

—Oh, pase usted.

Yul entró en una habitación limpia, aseada, aun cuando sus muebles fuesen modestos.

Aceptó la silla que ella le señalaba.

—Usted dirá, señor Niven.

—Verá, señora Gibson, lamento despertar en usted recuerdos que serán tristes para usted, pero desearía saber algo acerca de su hermana Carolyn.

—Oh.

—Le aseguro que es muy importante para mí.

La mujer permaneció unos segundos inmóvil y luego dijo:

—No creo que haya nada acerca de mi hermana que no pueda saber por boca del propio señor Dawn.

—Dawn me ha dicho que Mac Lain mató a Kirk Nessler a causa

de su hermana.

—Es cierto.

—Señora Gibson, he emprendido una lucha contra reloj. La vida de tres personas depende de la gestión que he venido a realizar cerca de usted. Le aseguro que el drama no es mi fuerte. Dos mujeres y un hombre pueden morir esta misma noche. Quizá le parezca a usted increíble, pero si eso llega a ocurrir, sus vidas habrán sido sacrificadas por algo que empezó a ocurrir hace treinta años, cuando Bill Mac Lain apretó el gatillo de la pistola que sirvió para matar a Kirk Nessler.

La mujer bajó la mirada al suelo mientras se oprimía las manos sobre el regazo.

El silencio de la estancia permitía escuchar el tictac de un reloj que había sobre un aparador.

—¿Es usted periodista, señor Niven?

No, señora Gibson. Soy un detective privado y, para su tranquilidad, le doy mi palabra de honor de que lo que usted me pueda decir no trascenderá si ése es su deseo.

La señora Gibson se humedeció el labio inferior con la lengua.

—Bill Mac Lain no tenía nada que ver con mi hermana Carolyn. Ella con quien se iba a casar era con Donald Lavenchy.

—Entonces, ¿por qué cree usted que Bill Mac Lain mató a Kirk Nessler?

—No lo sé.

—¿No lo sabe o no lo quiere decir?

—Ya le he ayudado más de lo que puedo, señor Niven. Cuando sucedió todo aquello unos hombres me ordenaron que mantuviese la boca cerrada.

—¿Quiere decir que las relaciones de su hermana Carolyn eran absolutamente secretas?

—Creo que sí.

—Gracias, señora Gibson, es todo lo que quería saber.

Yul abandonó la casa y al cabo de otros veinticinco minutos oprimía nuevamente el timbre del apartamento de Tommy Kennedy.

Éste abrió la puerta y dio un suspiro de alivio.

—Por fin estás aquí. Infiernos, no deseo ni a mi mayor enemigo el rato que me has hecho pasar.

Pinky y Dumont continuaban sentados en el suelo, trabados.

Niven palmeó en la espalda a Tommy y se dirigió directamente al lugar en donde Jack había guardado la caja de madera. Con ella bajo el brazo regresó al «living».

—¿Qué es eso que llevas ahí? —preguntó Tommy Kennedy.

—Algo que va a dar mucha guerra. ¿Desarmaste a esos angelitos?

—¿Qué creías? Ahí tienes todo lo suyo sobre la mesa.

—Estupendo. Desátalos ahora.

—¿Cómo? ¿Es que los vas a dejar marchar?

—No, Tommy, yo me voy con ellos y si tú quieres puedes unirte a la pandilla.

Kennedy hizo una mueca.

—Apuesto o que conforme a tu costumbre te quieres meter en un avispero.

—Es posible.

—En tal caso, ¿por qué diablos no llamas a la policía?

—En el avispero están mi socio y dos muchachas y ellos lo pasarían muy mal si apareciesen por allí los del uniforme. No, muchacho, esto lo he de arreglar yo solo, a menos que quieras acompañarme.

—No, gracias, renuncio al «Pulitzer».

Kennedy dejó libres a los dos tipos, los cuales se pusieron en pie frotándose los brazos y las manos.

Pinky soltó una risita mientras observaba a Yul Niven.

—¿Es cierto que quiere regresar a la casa?

—Estoy deseándolo —contestó Niven.

—Seguro que va a ser divertido.

—Yo opino lo mismo que tú, Pinky. —Yul mostró su pistola—. Escuchad mis instrucciones. Dumont irá conduciendo el coche y tú, Pinky, vendrás a mi lado. Cuando entremos en la casa, yo iré entre los dos. Si alguno intenta algo por el camino o al llegar allí lo lleno de agujeros.

Pinky rió otra vez.

—¿Es que cree que va a poder con todos?

—Te contestaré cuando hayamos terminado. Andando, chicos y, recordando, un traspie y os parto la espina dorsal.

Kennedy estaba con el vaso vacío en la mano.

—Oye, Niven —galleó—. ¿Por qué no lo piensas mejor?

—Hasta la vista, Tommy, y gracias por haberme prestado tu apartamento —se detuvo un instante—. Ahora que recuerdo, tienes razón. Si yo caigo, seguro que Pinky y Dumont te buscarán para hacerte caer a ti también. Lo siento de verdad por ti, muchacho.

Kennedy quedó con los ojos muy abiertos viendo cómo la puerta se cerraba tras Niven.

CAPÍTULO XI

El coche penetró por la puerta de hierro, que estaba, abierta de par en par, y corrió por el camino de grava.

Dumont aplicó los frenos y se dispuso a saltar.

—Espera, Dumont —ordenó Yul—. Primero lo ha de hacer Pinky y luego yo. Tú te quedarás ahí y no se te ocurra abrir la portezuela hasta que yo lo diga.

Pinky daba muestras de un gran regocijo y no intentó nada. Saltó fuera del coche y Yul lo hizo detrás, con la mano aferrada a la pistola que tenía en el bolsillo.

—Ahora tú, Dumont.

El tipo alto saltó fuera y cerró la portezuela con fuerza.

—Uno a cada lado —dijo Niven.

Subieron al porche y Pinky apretó el timbre. Mientras esperaban a que abriesen declaró:

—¿Sabe lo que le digo, sabueso? En mi vida he visto a un tipo más chiflado que usted. Ha tenido la oportunidad de escaparse, pero usted se ha metido en la boca del lobo. No saldrá de aquí vivo.

—A callar.

La puerta fue abierta por un fulano de patillas largas. Yul hizo una señal con la cabeza y los dos «gangsters» entraron primero y él detrás.

—¿Dónde está el jefe? —preguntó Pinky.

El patilludo señaló la habitación donde Yul se había encontrado al recobrar el sentido.

Pusiéronse en movimiento otra vez y el propio Pinky abrió la puerta y pasó dentro seguido de Dumont y de Yul.

El hombre que había dicho llamarse Maurice Basa se encontraba sentado tras la mesa donde estaba la lámpara. Había otro fulano a

su lado.

Jack seguía sentado en el suelo apoyada la espalda contra la pared.

Maurice Bass dejó oír su voz cargada de ira.

—¿Por qué habéis tardado tanto?

Pinky torció el gesto.

—El sabueso se hizo dueño de la situación.

El hombre que estaba en pie al lado de Bass movió la diestra muy aprisa hacia la axila izquierda, pero Yul no tenía necesidad de atrapar ninguna pistola porque ya la tenía en la mano, y la exhibió con rapidez, diciendo:

—No hagas ninguna diablura o acabarás antes de tiempo.

Sobrevino un silencio en la estancia. Yul había atraído sobre sí la atención de todos los presentes.

Jack soltó una carcajada.

—Bravo, muchacho, sabía que lo conseguirías.

—Pinky —dijo Niven—, suelta a mi compañero.

El aludido vaciló unos instantes, pero el detective hizo un movimiento con la pistola y enseguida se decidió a acudir al lado de Jack, a quien libró de sus ligaduras.

Yul, mientras tanto, caminó hacia la puerta que comunicaba con la habitación en que había visto a las muchachas. La abrió de un tirón y echó una mirada rápida al interior descubriendo que allí ahora no había nadie. Volvió la cabeza hacia el gordo que se sentaba en la silla.

—¿Dónde están las chicas?

—¿Me cree tan tonto, Niven? Cuando usted se fue ordené que se las llevasen. Tuve el presentimiento de que usted intentaría algo y no quise correr ningún riesgo.

—Le he preguntado dónde están.

—En un lugar al que usted no puede llegar.

—Lo tengo en mis manos, Lavenchy.

Yul observó que las bolsas faciales de su interlocutor se estremecían como si tuviesen vida propia.

—¿Lavenchy? —retrucó—. Creo que se equivoca, señor Niven. Ya le he dicho que mi nombre es Maurice Bass.

—Cuentos. Usted es Donald Lavenchy, antiguo hombre de confianza de Al Capone, compañero de Kirk Nessler y de Bill Mac

Lain entre otros.

—Usted se confunde, señor Niven. He oído hablar de Al Capone, como cualquier otro ciudadano, pero esos nombres de Mac Lain y Nessler no me dicen nada.

—Puede permitirse el lujo de negarlo, Lavenchy, porque usted ha cambiado mucho. En mil novecientos veintinueve era un tipo delgado, hasta guapo, y ahora es una ruina. Debe de haber aumentado de treinta a cuarenta kilos.

—Le digo que yo no soy Donald Lavenchy.

—Vi su fotografía y soy un buen fisonomista. Sus ojos siguen siendo los mismos y conserva también el gesto duro de la cara que tenía en el año veintinueve.

—No sé lo que pretende con esa historia, señor Niven.

—Sólo pretendo demostrar que usted asesinó hace dos meses a Bill Mac Lain y que con toda probabilidad mató también a Kirk Nessler.

—¿Yo? ¡Usted está loco!

Hubo un silencio y luego el hombre a quien Yul se había dirigido utilizando el nombre de Donald Lavenchy se puso en pie bruscamente.

—Ya ha dicho bastantes tonterías, señor Niven.

Jack señaló con el dedo la caja que su socio tenía bajo el brazo.

—Eh, chico, ¿quieres decir que la mano que tienes ahí pertenece a Bill Mac Lain?

—No. Bill Mac Lain estaba entero cuando la policía lo encontró asesinado en su casa.

—Entonces, que me emplumen si te comprendo. ¿A Bill Mac Lain no lo descuartizaron?

—No, desde luego.

—Entonces, ¿qué diablos pinta esa mano en todo este lío?

—Tendrás la explicación muy pronto.

En este instante Pinky se abalanzó sobre Niven, pero éste le vio llegar por el rabillo del ojo y, retrocediendo un poco, le recibió pegándole un culatazo en el cuello.

Dumont saltó a su vez sobre Jack, pero éste, muy rápido, le propinó un puñetazo en el plexo solar, enviándolo como un obús al otro lado de la habitación.

Mientras Pinky se derrumbaba soltando un gemido, Yul vio que

el hombre que estaba al lado de Lavenchy sacaba al fin la pistola. Apretó el gatillo. Sonó un estampido y la bala golpeó contra el pecho del fulano lanzándolo contra la pared.

Lavenchy corrió muy aprisa a pesar de su grasa, hacia la puerta.

—¡Cázale, Jack! —ordenó Yul porque no quería hacer un segundo disparo.

Pero Jack no necesitaba ningún aviso porque ya se había lanzado en pos de Lavenchy, el cual ya había abierto la puerta y se disponía a salir.

Jack lo atrapó por una mano y dio un fuerte tirón, y de pronto ocurrió lo inaudito. La mano se desprendió del brazo de Lavenchy y Jack se desplomó en el suelo lanzando un grito de espanto.

Por efecto del tirón, Lavenchy perdió el equilibrio y golpeó el hombro contra el filo de la puerta viniéndose abajo.

Yul corrió hacia la entrada y cargó sobre la puerta cerrándola de golpe. Jack, en el suelo, contempló unos instantes la mano enguantada que tenía en su poder y, dando otro chillido, la arrojó lejos de sí.

Donald Lavenchy se levantó resoplando jadeante.

—¡Maldito sea, Niven! Haré que le desparramen los sesos.

—¿Todavía se siente con ganas de gallear, Don?

—¿Cómo se enteró de quién era yo?

—Cuando un amigo mío me habló acerca de usted, me acordé de que Karin, la pelirroja, se había dirigido a cierta persona llamándola Don.

—¡Esa perra...!

—Tráguese los insultos, Lavenchy. Recuerde que le estoy apuntando con una pistola.

Los ojos del antiguo «gángster» miraron con odio reconcentrado al detective.

Jack se incorporó en el suelo y quedóse embobado mirando el brazo manco de Lavenchy.

—Entonces esa mano de la caja...

—Sí, muchacho —dijo Niven—. No pertenece a ningún cadáver, sino al propio Lavenchy.

Pinky estaba de Bruces en el suelo, porque había perdido el conocimiento. El tipo que había recibido la bala en el pecho ya había muerto y permanecía tendido boca arriba, con los ojos

abiertos.

Dumont se encontraba en el mismo lugar en donde se había detenido después de recibir el golpe de Jack. Éste se rascaba junto a una oreja.

—Que me maten si lo comprendo, Yul.

—Yo te lo explicaré, muchacho. En realidad, la historia es la mar de sencilla. La complicamos nosotros porque nos empeñamos en suponer que la mano pertenecía a un cadáver...

—Muy bien. ¿Qué es lo que ocurrió, Yul?

—Bill Mac Lain y Donald Lavenchy fueron en otro tiempo hombres de confianza de Al Capone. Donald, además de pandillero, era dueño de un club nocturno en Chicago. En ese club trabajaba una joven llamada Carolyn Gibson. La muchacha y Donald congeniaron y es posible que él pensase casarse con ella, pero resultó que se interpuso entre ambos otro de los chicos de Al Capone, un tal Kirk Nessler, el cual vino también a enamorarse de Carolyn. Así las cosas, a Donald Lavenchy se le ocurrió una formidable idea: liquidar a Kirk Nessler y cargarle el mochuelo a otro de sus rivales, Bill Mac Lain. Era un plan perfecto puesto que Nessler y Bill Mac Lain eran hombres que también estaban muy cerca de Al Capone. Donald hizo una bonita carambola. Lo debió de preparar bien. Probablemente la propia Carolyn Gibson le ayudó. Lo cierto es que el plan le salió perfecto. Kirk Nessler fue muerto de un tiro y la policía, probablemente avisada por teléfono, encontró a Bill Mac Lain en su casa borracho y teniendo muy cerca la pistola con la que había sido muerto Nessler. Naturalmente, el arma tenía las huellas de Mac Lain. Luego unos cuantos testigos pagados se presentaron a declarar que Mac Lain se había interesado por Carolyn Gibson y, como es lógico, la propia chica debió contar una historia a la policía acerca de los celos de Mac Lain; pero estoy por apostar que Mac Lain ni siquiera había reparado en la muchacha. Naturalmente, Mac Lain puso en juego todo su poder, su influencia y su dinero, que no debía ser poco, para conseguir eludir la silla eléctrica y lo consiguió, aun cuando resultase condenado a perpetuidad.

Yul hizo una pausa para observar a los hombres que tenía bajo su pistola. Donald Lavenchy escuchaba apretándose la manga hueca.

Pinky ya había vuelto en sí y estaba de rodillas en el suelo sacudiendo la cabeza.

Dumont también prestaba atención y Jack parpadeaba confuso como si no encontrase mucho sentido a todo aquello. Niven prosiguió:

—Mac Lain se pasó veinticinco años de su vida en la cárcel, pero finalmente le llegó la hora de salir, por la buena conducta observada durante el encierro. Donald Lavenchy pensó que Mac Lain, después de haber pasado media vida en la cárcel por su culpa, tendría ansias de vengarse y que no cesaría de buscarle para retirarle de la circulación, y entonces a Lavenchy se le ocurrió adelantarse.

Donald Lavenchy apretó los dientes con rabia.

—Era él o yo, ¿lo entiende, Niven? ¡Su vida o la mía!

Jack hizo chasquear los dedos.

—Espera un momento, Yul. ¿Qué me dices de la historia que Lavenchy nos colocó acerca de Res Verneul?

—Completamente falsa, la inventó sobre la marcha para convencernos. La verdadera historia es la que estoy contando yo ahora.

—Continúa.

—Donald Lavenchy acudió a casa de Bill Mac Lain dispuesto a cargárselo, pero de todas formas me figuro que se haría acompañar por unos cuantos hombres para prever todas las contingencias. Es posible que el propio Mac Lain le abriese la puerta y se quedase mirándole sin reconocerlo.

—No, no me reconoció —convino Donald—. Mac Lain había puesto un anuncio en el periódico ofreciendo en venta su casa. Yo fui como un presunto comprador.

—Magnífico, Don, le agradezco que colabore. Mac Lain le hizo pasar a su despacho y se pusieron a hablar de la casa. A usted le debió causar mucho placer estar sentado allí, frente a él, engañándole.

—Mac Lain empezó a fijarse mucho en mí y yo vi cómo poco a poco nacía en su pensamiento la duda.

Discutimos el precio de la venta de la casa. No nos poníamos de acuerdo. Él se levantó y se puso a pasear y de pronto el muy canalla cogió de una panoplia un alfanje. Siempre había sido muy

aficionado a toda clase de armas blancas. Tenía la casa llena de ellas. Se me echó encima gritándome: «¡Te voy a matar, Lavenchy!». Yo estaba sentado en el sillón y logré doblarme un poco. Sentí cómo cruzaba la hoja el aire y de pronto me golpeó. Sentí una extraña sensación en la mano. Me la había cortado de un solo tajo. No sé cómo lo pudo hacer. Metí la mano izquierda en el bolsillo para sacar la pistola. Por fortuna para mí, Mac Lain estaba como loco mirándome el muñón por el que salía la sangre a chorro. Empecé a apretar el gatillo una, dos, tres, hasta cuatro veces. Luego me desmayé.

Lavenchy estaba sudando. Sacó un pañuelo y se lo pasó por la cara.

Jack miró a su socio.

—¿Cómo supiste que la mano era de él, Yul?

—Estuve viendo fotografías antiguas. Tú conoces mi afición a todas las cosas que se refieren a la delincuencia durante la década del veinte. Tenía el presentimiento de que la cara de este tipo la había visto en alguna foto de aquel entonces. Me puse a examinar la colección de un periódico y de pronto me encontré con el rostro que buscaba. Pero mi sorpresa fue mayor cuando vi sus manos. En una de ellas, justamente la derecha, observé una marca. Desde luego no se podía distinguir si se trataba de un trébol, pero teniendo en cuenta que estaba a la misma altura que la marca de la mano embalsamada y de que los ojos y el gesto duro correspondían a los de nuestro querido amigo, tuve suficiente base para imaginar lo que había pasado. Entre un viejo periodista y yo resucitamos el crimen que se cometió hace dos meses en Chicago y que tuvo como víctima a Bill Mac Lain y eso nos llevó al año mil novecientos veintinueve, cuando Bill Mac Lain mató supuestamente a Kirk Nessler impulsado por celos. Según la historia que se contó entonces, ambos querían a la misma mujer, a Carolyn Gibson. Relacionando ambas muertes, la de hace dos meses y la que tuvo lugar hace treinta años, supe lo que realmente había ocurrido, pero quise cerciorarme y, por fortuna, encontré a una persona que confirmó mis sospechas, justamente una hermana de Carolyn Gibson.

Jack sacudió la cabeza.

—Lo comprendo todo hasta ahora, pero Lavenchy ha dicho que se había hecho acompañar de sus hombres a la casa de Bill Mac

Lain y que después de matarlo perdió el sentido. Naturalmente, la mano de Lavenchy estaba allí. ¿Por qué no la recuperaron sus chicos?

—Es exactamente lo que ocurrió —repuso Yul—. Uno de sus esbirros se apoderó de la mano con el trébol de cuatro hojas, pero resultó que ese muchacho tenía ideas propias y, probablemente, mientras conducían a su jefe a casa de un médico, él puso pies en polvorosa con la mano mutilada.

—Infiernos, está claro —exclamó Jack—. El tipo pensó embalsamarla para chantajear a Lavenchy.

—Sí —asintió nuevamente Yul—. Y estoy dispuesto a apostar a que el nombre de ese fulano es Rex Verneul. ¿No es así, Lavenchy?

El antiguo «gángster» de Al Capone proyectó el mentón hacia adelante.

—Sí, Niven. Ése es el nombre del muy bastardo. Se aprovechó del desbarajuste que se armó en la casa. Cuando entraron mis muchachos y me vieron tumbado en el suelo desangrándome —señaló al tipo que estaba muerto contra la pared—, Steve le dijo a Rex Verneul que se quedase en la habitación para borrar las huellas, pero lo que hizo el hijo de perra fue coger la mano y no limpiar nada. Se evaporó como usted dice. Cuando Steve se dio cuenta de la clase de faena que Rex me había hecho, ya era demasiado tarde para volver a la casa de Mac Lain. Un transeúnte había oído los disparos y lo comunicó a la policía. Steve se hizo cargo enseguida de la situación. Yo estaba en una clínica y el médico que me asistía no tuvo más remedio que hacer otra cosa además de curarme el muñón: me quemó los dedos de la mano izquierda muy deprisa para borrar mis huellas dactilares; pero lo gracioso fue que la policía ni siquiera me buscó. Yo hace más de veinte años que dejé de llamarme Donald Lavenchy, soy Maurice Bass, un honrado fabricante de planchas eléctricas en Detroit. Por fortuna para mí, la policía nunca tomó mis huellas dactilares y cuando los de la Brigada de Homicidios encontraron las que yo había dejado en el despacho de Mac Lain, no pudieron sacar nada en limpio.

—Pero, naturalmente —dijo Yul—. Si a Rex Verneul se le ocurría mandar la mano a la policía, junto con una carta explicándolo todo, su edificio se arruinaría.

—¿Cómo saca la policía huellas dactilares de una mano

embalsamada? —preguntó Jack.

—Simplemente inoculando unas inyecciones de parafina —contestó Niven.

—¿Y qué ha sido de ese Rex Verneul? Yo no lo he visto por ninguna parte.

—No ha dejado de actuar, pero lo ha hecho representado por otra persona.

—¿Por quién?

—Por Karin, la pelirroja.

—Infiernos, está todo claro. Verneul no podía ir a la Central de autobuses a por la caja de madera y por eso ordenó a la pelirroja que te contratara a ti.

—Seguro que fue así.

—¿Y qué me dices de Dietrich? ¿A quién representaba él?

—Probablemente a sí mismo. De un modo u otro, se debió enterar del asunto y pensó que podía sacar una buena tajada. El nos compraba la mano y luego la revendía a Lavenchy.

Jack se echó a reír.

—Bueno, ya tienes el rompecabezas listo para entregarlo a la policía.

Donald Lavenchy emitió un gruñido.

—¿Qué es lo que se propone hacer ahora, Niven?

—Ya ha oído a mi amigo, ustedes van a ir a parar a una celda.

—¿Qué va a ganar usted con eso?

—Me doy por satisfecho con que un reptil como usted no vuelva a morder a nadie.

—Hará el ridículo. Nadie le creerá.

—Usted sabe perfectamente que está atrapado. La policía confrontará las huellas dactilares que había en la casa de Bill Mac Lain y las de la mano que a usted le falta.

—El más lerdo de los abogados podrá probar que esa mano ha podido pertenecer a otra persona.

—No, Lavenchy. Esa mano no, porque tiene una marca especial, un trébol de cuatro hojas, y apuesto a que el fiscal del distrito se toma mucho interés en conseguir fotografías de usted antes de que Bill Mac Lain se la cortase de un tajo.

Los ojos de Lavenchy relampaguearon de ira.

—Acabemos de una vea. ¿Cuánto dinero quiere por esa caja?

—No está en venta.

—Cincuenta mil dólares.

—No, Lavenchy. Le ha llegado la hora de rendir cuentas. Usted pagará por la muerte de Bill Mac Lain, pero cuando camine hacia la silla, recuerde además que también lo liquidan por el asesinato de Kirk Nessler.

—Era un canalla, lo mismo que Mac Lain. Siempre que tenían oportunidad me rebajaban ante Al Capone.

—Usted y ellos eran gentuza. Se equivoca, Lavenchy, si cree que lo voy a entregar a la policía por vengar a Nessler o a Mac Lain. Lo hago por un simple deber cívico, porque los tipos como usted no tienen derecho a vivir entre hombres honrados.

Lavenchy no dejaba de pasarse el pañuelo por el sudoroso rostro.

—Es mejor que llegue a un acuerdo conmigo, Niven. Parece olvidar que conservo a las chicas y que a pesar de que ahora tiene usted una pistola en la mano, le será muy difícil salir de esta casa. Fuera lo están esperando mis hombres.

—No he pensado que vaya a ser fácil, pero lo voy a intentar. En cuanto a las muchachas, usted me va a decir ahora mismo dónde las tiene escondidas.

—No.

Yul le apuntó a la pierna con la pistola.

—¿Necesita que lo convenza con un balazo, Lavenchy?

—No se atreverá a disparar a sangre fría.

—No conoce mi historial, Lavenchy. Sólo hiero y mato cuando es necesario, cuando me enfrento con sapos y culebras, y justamente usted es un ejemplar de esa fauna. No me irrite más, casi estoy deseando que mantenga la boca cerrada...

Lavenchy observó que en la sien de Niven se hinchaba una vena.

—¡No tire! —gritó.

CAPÍTULO XII

—¿Dónde están las chicas, Lavenchy? —Inquirid Yul.

—En el sótano.

Yul habló por la comisura de la boca a Jack.

—¿Crees que podrás mantenerlos a raya mientras yo voy por las muchachas?

—Claro que sí. Volaré la cabeza al primero que se mueva.

Jack movió circularmente la pistola que había arrebatado al «gángster» muerto.

Yul señaló a Pinky.

—Tú me enseñarás el camino de ese sótano.

—Déjeme en paz.

—Vamos, muchacho, muévete muy aprisa si no quieres que te deje otro recuerdo de mi pistola.

Pinky soltó una maldición, pero finalmente dio media vuelta y echó a andar hacia la habitación adyacente. Yul fue detrás de él, pero antes de salir del despacho advirtió a Jack:

—Ten mucho cuidado, son pájaros de cuenta.

Cerró tras sí y vio a Pinky que se disponía a abrir otra puerta.

—Espera —ordenó—. Has de abrir muy poco a poco, yo apoyaré la pistola en tus riñones. Luego echa a correr hasta que yo te diga.

Pinky empezó a abrir la puerta poco a poco y Yul se pegó a sus espaldas aplicándole el cañón en las costillas.

—¿Dónde está el sótano? —preguntó.

—A la izquierda; hemos de entrar por una pequeña puerta que hay a un lado de la escalera.

—Muy bien, empieza a moverte.

Le pasó un brazo por el estómago y salieron fuera.

Yul vio detrás de una columna asomar una cabeza y disparó

rápídamamente. La bala chocó contra la columna. Era una advertencia de que tiraría a matar sin ninguna vacilación.

A la izquierda vio la puerta a que se había referido Pinky y caminó de espaldas a ella, cubriéndose siempre con el cuerpo del «gángster».

El propio Niven abrió la puerta y fue el primero en colarse dentro. Luego alargó la mano y atrajo a Pinky.

—Vamos a correr, chico.

Se hallaban en un largo pasillo, que cruzaron muy aprisa. Al final se iniciaba una escalera de piedra.

Yul asomó la cabeza y observó al fondo, acostadas sobre un montón de paja, a Janis Cooper y a la pelirroja, con las manos atadas a la espalda.

—Anda, baja, Pinky.

Las mujeres volvieron la cabeza cuando oyeron pasos en la escalera y quedaron asombradas al ver a Niven con la pistola en la mano.

—¡Cuidado, Yul! —gritó de pronto Janis—. ¡Hay un hombre a la derecha!

Niven estaba llegando abajo y al volverse descubrió a un tipo en cuclillas que estaba a punto de disparar, pero él apretó el gatillo antes. La bala entró por la frente del fulano, haciéndole un agujero muy pequeño, pero fue suficiente para que por allí se le escapase la vida.

Pinky aprovechó bien su oportunidad y lanzándose sobre Yul le golpeó con el filo de la mano en la muñeca armada.

Niven creyó que se la partían e instintivamente abrió los dedos y la pistola cayó al suelo.

Pinky se agachó rápidamente y logró atraparla, pero Yul le soltó un patadón en la mano y el arma salió despedida nuevamente.

Pinky lanzó un aullido y se echó sobre Yul logrando asustarlo por el cuello. Los dos hombres perdieron el equilibrio y rodaron por el suelo. Pinky no soltó su presa, sino que apretó más y más y más. Niven empezó a ahogarse, porque en sus pulmones ya no quedaba una pizca de aire. Tenía encima a Pinky y lo veía con los ojos desorbitados, las fauces abiertas, reflejando en su rostro un gesto sádico.

Janis Cooper lanzó un grito de temor.

Yul hizo un esfuerzo sobrehumano y logró conectar la rodilla en el estómago de Pinky, el cual lanzó un aullido y se desplomó hacia atrás.

Yul se incorporó trastabillando, a punto de caer de nuevo. Avanzó rápidamente sobre Pinky, que se estaba poniendo en pie y le lanzó un puñetazo a la cara.

Sintió cómo sus nudillos percutían contra la nariz del asesino a sueldo y éste lanzó un aullido y fue de parte a parte de la habitación hasta golpear la nuca contra la pared. Se quedó allí muy quieto y sus ojos se fueron poniendo en blanco y luego se derrumbó, quedando inerte en el suelo.

Yul avanzó hacia el lugar donde había quedado la pistola y después de cogerla se acercó a las muchachas y empezó a quitarles las ligaduras. Primero dejó libre a Janis y luego a Karin.

En esto se abrió de golpe la puerta de arriba.

Yul se levantó rápidamente y vio aparecer al patilludo, el cual llevaba una enorme pistola en la mano, probablemente una «Luger».

El tipo disparó primero pero la bala, por fortuna para Yul, pasó junto a su cabeza sin herirlo. Luego le tocó el turno a él.

El «gángster» recibió el impacto en el estómago y se encogió como un traje barato. Dio una voltereta en el aire y golpeó la espalda contra el duro suelo. Aún tuvo arrestos para erguirse unas pulgadas, pero luego debió darse cuenta de que con eso no adelantaría nada y se murió.

Niven oyó a su espalda un grito y al volver la cabeza observó a Janis, que estaba contemplando el cadáver con ojos en los que se reflejaba el pánico.

—¿No querías llegar a ser una gran periodista, nena? Pues aquí tienes tu oportunidad.

La joven hizo una mueca como si fuese a desmayarse. Por el contrario, Karin parecía muy contenta.

—Estupendo, Niven, subamos arriba y arreglaremos las cuentas a esos canallas.

—Tú no vas a arreglar nada, pequeña. Cogerás el pescante y te largarás.

—¿Es que no te he ayudado?

—No me hagas reír. Por tu culpa me vi metido en este berenjenal y lo peor de todo es que no me diste ninguna

explicación. Naturalmente, ibas detrás de una bolsa de dólares, era lo único que te interesaba. ¿Dónde está Verneul?

—¿Cómo?

—Lo sé todo, pequeña, y es preferible que desembuches.

—En una casa de campo de Union City.

—Será mejor que vuelvas con él y os dediquéis juntos a un negocio honrado —hizo una pausa—. ¿Quién era Charles Cobb?

—Un amigo de Verneul, dueño de la casa de la calle Van Burén. Consintió en trabajar con nosotros a cambio de una comisión. Pero lo que se ganó fue una bala.

—Gracias, monada.

—¿Alguna otra cosa, abuelito?

—Sí, ya que estamos en plan de confidencias, háblame de Dietrich... ¿Lo metiste también tú en el asunto?

—No. Se metió él.

—¿Y de qué forma supo lo que se cocinaba?

—Verneul y Dietrich fueron compañeros de celda hace diez años. Hicieron bastante amistad. Lavenchy logró atrapar a Verneul.

—Lo sé.

—Lavenchy le sacó el lugar donde escondía la mano pero no el número de la caja de seguridad porque, antes de ello, Verneul pudo escapar. Justamente cuando se dirigía a la casa de Union City donde yo lo esperaba. El encontró a Dietrich. Se saludaron muy afectuosamente y se pusieron a beber. Verneul cogió una buena borrachera porque quería quitarse el miedo que le habían metido en el cuerpo los chicos de Lavenchy y entonces se puso a contar a Dietrich la historia.

—Ya comprendo, y Dietrich decidió trabajar el asunto por su cuenta.

—Sí, algo de eso.

—Bueno, ya está todo claro si se tiene en cuenta que escuché la conversación telefónica que sostuviste con Donald Lavenchy. Tú fuiste amiga de él, su favorita por algún tiempo. Pero luego se cansó de ti y te sustituyó.

—El muy bastardo... Prometió que se casaría conmigo.

—¿Te atreverías a ser la esposa de un saco de patatas?

—Es un saco, pero no de patatas, sino de oro. Tiene más de tres millones de dólares.

—Qué amor más desinteresado, ricura. Estoy a punto de llorar.

—Vete al infierno.

—Estabas deseando que se te presentase el momento de la revancha y apuesto a que Verneul te cogió en traspaso cuando su jefe se cansó de ti.

—Qué sabio eres.

—Tengo una bola de cristal, nena, y veo en ella lo contenta que te pusiste cuando Verneul te contó que había embalsamado la mano mutilada de Lavenchy para exprimirlo como un limón.

—Lo habríamos conseguido de no haber sido por ti. Ya teníamos la caja.

—Sí, pelirroja, pero da la casualidad de que yo no me quedé satisfecho con tus mil dólares. No podía resistir la tentación de saber lo que había dentro de la caja.

—Muy bien, sabueso. ¿Quieres que te imponga una medalla?

—No —sonrió Yul—. Yo no trabajo para lograr medallas, sino por divertirme.

La pelirroja caminó hacia la escalera rápidamente y al llegar al pie giró diciendo:

—Ojalá te pudras. Yo me largo.

—¿Con Verneul?

—Y un cuerno. A ése lo va a alimentar desde ahora su papá.

La joven subió resueltamente por la escalera y desapareció por la puerta.

Yul Niven miró a Janis, la cual ya se había repuesto del susto.

—¿Siente aún deseos de convertirse en una periodista famosa?

La joven negó con la cabeza y dijo con un hilo de voz:

—Prefiero mis modelos de la página femenina.

Yul se acercó a ella y pasándole la mano por la cintura echaron a andar.

Al llegar ante la puerta de arriba, Yul abriola con precaución.

No había nadie en la sala y encamináronse al despacho donde había dejado a Jack en compañía de la pandilla.

De repente sonó un disparo.

Yul empujó a Janis contra un rincón de la escalera y echó a correr.

—Espera ahí, muchacha.

La puerta del despacho se abrió y apareció Lavenchy corriendo

hacia la salida de la casa.

—¡Quieto, Donald! —le amenazó el joven.

Janis Cooper gritó:

—¡Arriba de la escalera, Yul!

El detective levantó la cabeza y vio en el piso superior a un tipo con una pistola. Le envió un saludo y el proyectil se incrustó en el hombro del esbirro, haciéndole girar como una peonza. El arma que sostenía cayó desde la parte superior hasta el piso.

El rostro de Donald Lavenchy estaba blanco como el papel.

Jack salió del despacho con la pistola en la mano y explicó:

—Dumont quiso hacer una jugarreta y se la ganó.

En ese instante se oyeron pasos precipitados en el porche y los dos socios se prepararon para la defensa.

Sonó una ráfaga y la cerradura saltó. Luego alguien cargó sobre la hoja, y ésta se abrió violentamente. Dos policías con uniforme penetraron en la estancia seguidos de Tommy Kennedy y otros tres hombres.

Codos se quedaron inmóviles contemplando la escena que se ofrecía a sus ojos. Un tipo de unos cuarenta años, de cara ancha y boca grande, se echó el sombrero sobre la nuca y luego puso los brazos en jarras.

—Ha vuelto a hacer otra de las tuyas, ¿eh, señor Niven? ¿Cuántos cadáveres hay esta vez?

—Creo que cuatro, teniente.

—¿Sólo cuatro? —El policía rió sarcástico—. Al parecer se ha sentido usted esta vez muy modesto.

—Gracias, señor Crosby.

Crosby apretó los dientes con fuerza y de pronto señaló a Niven con el índice de la mano derecha.

—¡Ya se lo advertí, Niven! ¿Se acuerda? Le dije que si se volvía a meter en otro lío tendría que dedicarse a recoger papeles.

—Oiga, Crosby —dijo Yul con voz paciente—. ¿Sabe quién es ese fulano?

—¿Quién?

—Donald Lavenchy, uno de los hombres de confianza de Al Capone.

—¡No!

—Sí, teniente, y además de eso, es el asesino de Bill Mac Lain, el

tipo que liquidaron hace dos meses en Chicago y, por si no tiene bastante, Lavenchy también tuvo que ver con la muerte de Kirk Nessler, un famoso pandillero que dio que hablar hace cerca de treinta años en Chicago, y de regalo le diré que Mac Lain, que fue considerado culpable, no tenía nada que ver con aquel crimen.

El teniente Crosby se había quedado con la boca abierta parpadeando. De repente pareció volver a la realidad y, arrugando la nariz, dijo:

—¡Bien, señor Niven! No acostumbro a sostener conversaciones en público. Le espero dentro de una hora en mi despacho y le aconsejo que para entonces tenga preparado un buen informe acerca de lo ocurrido...

Yul sonrió.

—Gracias, teniente.

Cogió de la mano a Janis y echó a andar con ella hacia la puerta.

De pronto, Kennedy dio un grito:

—¡Eh, muchacho, yo la vi primero!

Echó a correr y llegó hasta el porche, pero allí se detuvo haciendo una mueca porque abajo, en el camino de grava, Yul Niven estaba besando a la hermosa Janis Cooper, y ella tenía los brazos alrededor del cuello de él, colaborando en un cincuenta por ciento.

FIN



Keith Luger era uno de los seudónimos de Miguel Oliveros Tovar, nació en La Coruña el 17 de marzo de 1924. Su padre, Juan Oliveros Bueno, capitán del cuerpo de sanidad militar, y su madre, Presentación Tovar Rivas, eran de la provincia de Granada, de Ojiva él y de Salobreña ella. En la fecha indicada, el padre estaba destinado en la ciudad gallega donde permanecieron hasta que el niño cumplió los tres años. El siguiente destino paterno fue Melilla y, cuando Miguel era ya un adolescente, llegaron a Valencia.

Estudió el bachillerato en el instituto «Luis Vives». Terminado con brillantez, pasó a la Universidad, donde fue un aventajadísimo estudiante de Derecho. Los cinco cursos de la carrera los hizo en tres años. Jura como abogado el 10 de febrero de 1949. Ejerció como tal algunos años. En las tarjetas que distribuía a sus clientes, además de su nombre, podía leerse: «abogado criminalista».

Durante esta época encontró tiempo para preparar oposiciones al ayuntamiento valenciano. Las aprobó y llegó a jefe de negociado.

Miguel Oliveros publicó, entre agosto de 1953 y julio de 1972, las últimas fueron póstumas, novecientas quince novelas (915) de los géneros: oeste, policial, ciencia-ficción y rosa.

Otro seudónimo fue el de «Miguel Romano» (para novelas rosas) o

el de «Bronco Mike» (para la editorial argentina Trébol).